

ISSN:1665-7241

Q

185
SEP/19

Por qué

adoro /

detesto

a

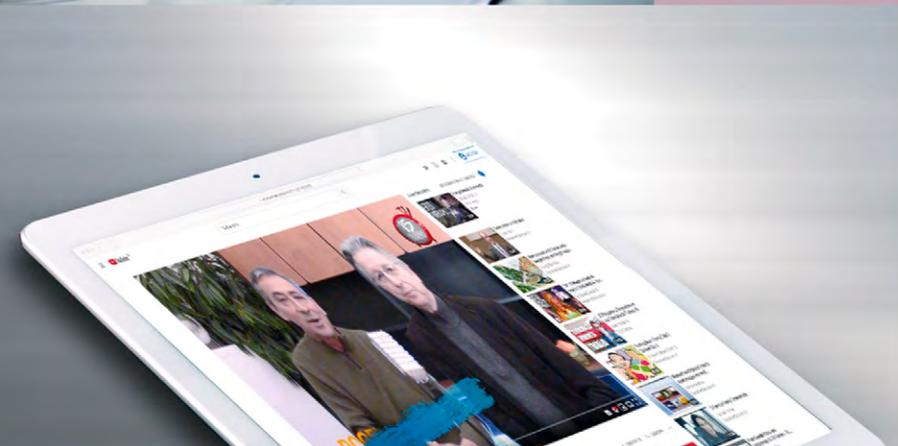
MTY

\$50.00 www.laquincena.mx





¡Encuétranos en
 YouTube



¡Suscríbete!



Entrevistas, noticias,
reportajes... y más.

¡Sintoniza nuestro canal
de lunes a viernes a las 12 h

https://www.youtube.com/channel/UCzPQKLcKTpr_1nyA3ubx-

Q

Director:
Luis Lauro Garza
Editora
Adriana Garza
Publicidad:
Gerardo Martínez
Asesor de la dirección:
Gilberto Trejo
Relaciones públicas:
Yolanda (Flaka) Aguirre
Asesor legal:
Luis Frías Teneyuque
Arte y diseño:
Martín Ábrego Parra
Fotografía:
Rogelio (Foko) Ojeda
Distribución:
Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / septiembre 2019
Editor responsable: Luis Lauro Garza
Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor:
04-2003-0828156343200-102
Número de certificado de Licitud de Título: 12926
Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499
Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.
La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000, Tel. (81) 19352363.
Correo electrónico: laquincena@gmail.com
Página web: www.laquincena.mx
Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey, Nuevo León.
Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

3 Índice

4 De cómo Monterrey es narrado
Ramón López Castro

5 Identidad norteña
Ileana Cepeda

6 Cinco estúpidas razones para amar u odiar locamente a Monterrey
Joaquín Hurtado

8 Monterrey: mitos y realidades
Saúl Escobedo

10 De mi amor y otros demonios
Manuel Yarto

11 La Sultana que se finge tierra (demasiado) firme
Roberto Maldonado Espejo

12 Orgullosamente regio
Luciano Campos Garza

14 De donde la querencia y su opuesto
Abraham Nuncio

15 Aquel Monterrey adorable que ahora detesto
Eloy Garza González

16 Monterrey, galán esquivo
Cris Villarreal Navarro

18 MTY
Héctor Alvarado Díaz

19 El sol que escurre siempre (poema)
D. M.

20 En el desierto liminal
Javier Serna

21 No tengo el orgullo de ser del norte
Hugo Esteve Díaz

22 No me quedé a cuidar chivas
Ismael Vidales Delgado

24 Ilustración de Chava

26 Por qué amo Monterrey
Sergio Elías Gutiérrez

27 Las otras puertas del infierno
Gerson Gómez Salas

28 Todo lo que necesitas es amor... y una Master Card
Roberto Guillén

29 Monterrey, entre el gusto y la aversión
Héctor Jaime Treviño Villarreal

30 Percepciones a botepronto sobre Monterrey
César Morado

31 Lucian Blaga no soy (poema)
José Javier Villarreal

32 Ciudad de sentimientos encontrados
Ricardo Marcos González

34 La vida diaria
Guillermo Berrones

35 Ríos de nadie
Zaira Eliette Espinosa

36 ¿Por qué sí y por qué no?
Alfonso Teja

37 La amo, a pesar de los pesares
Jaime Arreola

38 Monterrey (poema)
Minerva Margarita Villarreal

40 Otra Codópolis
Luis Frías Leal

41 My kind of town
Raúl Caballero García

42 Regios de mi corazón
Samuel Schmidt

44 Pensando en La Sultana
Rosa Esther Beltrán Enríquez

45 Sucedió en Monterrey
Mario Valencia Hernández

46 Lo que me gusta y no de Monterrey
Victor Reynoso

47 Doble celebración
Irgla Guzmán

De cómo Monterrey es narrado

Ramón López Castro



C *udad de México.*- No puedo hacer un recuento exacto del Monterrey descrito en, digamos, la novela de David Toscana, “Olegaroy”, porque ese Monterrey no existe. O existe sólo para Toscana, para sus lectores, para algunos iluminados. Es, si usamos la terminología de la mecánica cuántica, una probabilidad que se colapsa en un pasado estrictamente narrativo; un sueño narrado por un loco que se imagina genio; o un genial personaje enloquecido por una ciudad que se niega a decantarse por lo único que es auténtico, es decir, su pasado. Así es Monterrey: una urbe que todos los días se viste con los atavíos del poder y el dinero, cual villano de novela gráfica, y se dedica a acuchillar su propia historia. Enmascarada y de capa al vuelo, lo mismo acepta a un filósofo del sinsentido como Olegaroy que los puentes fantasmales que la unen con otra ciudad de espectros, una tal Regiomonte, o Konigsberg. Ninguna de ellas existe, como los poemas numéricos de ese comparsa de Olegaroy; o como el profesor maratonista que compite con las sombras de otros atletas olímpicos.

David Toscana es mucho novelista para Monterrey; o Monterrey, el invocado por Toscana, es una ciudad incommensurable que se desborda y brilla en la ficción con un fulgor que se marchita en la realidad. La Monterrey literaria – no sólo de Toscana, sino por ejemplo de Hugo Valdés, María de Alva o Alejandro Vázquez Ortiz– es más pura que la otra, aquella que se pretende real: la inconclu-

sa, la asesina de su memoria, la desquiciada que mata y muere todos los días. La Monterrey que nos enamora es la que nace de las palabras; la que nos abofetea en plena canícula es la ciudad pedestre y de mirada vidriosa, que rinde culto a lo epidérmico.

Hay dos, acaso más, ciudades que se llaman Monterrey. Una hecha de inquina y negocios; otra de palabras. En la lejanía de mi destierro reluce como un campo de estrellas la segunda. La Monterrey de la prosa corrige o amplifica, según sea el caso, los desvaríos y aciertos de un pueblo grande, sin malicia, cuya vida es la vida de los santos y los locos: es decir, una existencia cercana a la sinrazón, pero tocada por la gracia de la mirada honesta sobre la realidad que lo rodea, una honestidad incómoda, irreverente y mordaz. En ese sentido el personaje más idóneo para representarla, cual mandala, a Monterrey, es el Olegaroy de Toscana: un sibarita del desencanto que muere rabioso ante el embate de la burda cotidianeidad. Que esto sea verosímil obedece a un tema de mecánica cuántica, ya lo dije: en todos los mundos posibles, Monterrey nace y muere ante todo como artificio de nuestros recuerdos.

De la otra Monterrey, la real, prefiero no hablar. Me parece inasible, transitoria y entre más la observo, veo cómo sus tendones de acero y asfalto se van deshinchando, ante el embate de su propia amnesia, que la regresan a las brumas primordiales. Es un espejismo del cual sólo la literatura nos permite despartar.

Identidad nortea

Ileana Cepeda

*Me gustas completita
tengo que confesarlo
nomás al saludarte
me da el mal del amor.*
Jorge Massías



M *onterrey.*- Tengo cuarenta y cuatro años siendo ciudadana nortea. Puede ser que sea poco, para mí ha sido todo lo que alcanzo a ver. Esto es un total de la vida promedio en cualquier otra parte, en cualquier otra época. Para mí son los años exactos. Así que no trato de alardear de nada, pero sé que mi “ciudadanía” de por acá está resuelta y, en general, también yo lo estoy.

Me gusta el cabrito, el machacado con huevo, el asado de puerco, el cortadillo nortea. Me gustan los huevos rancheros, servidos sobre una tortilla de maíz cubiertos en salsa de tomate. Me gusta el ritual de la carnita asada, las innumerables técnicas de prender el carbón, el olor de la cebolla limpiando la parrilla, el meticuloso acomodo de la comida en la lumbre; me gustan los compadres, la familia, y los amigos alrededor de la mesa esperando la arrachera.

Me gustan los naranjos con sus naranjas, las higueras con sus higos, las biznagas, las cactáceas, me gusta la magia de las suculentas floreado desérticas bajo el sol de Monterrey. Me gusta el cenizo, la anacahuita, el encino, el sabino, el huizache, el nogal; me gusta sentarme bajo las ramas de mezquite crujiendo, escucharlas y tararear “mi cruz será la rama del mezquite”.

Me gusta el acordeón nortea, me gusta Piporro taconeándole, levantando polvo entre los cerros de Monterrey, y cuando escribo su nombre escucho:

*Yo soy del norte,
y es mi orgullo que se note,
soy de Monterrey según me toque
soy alegre o seriesote,
pero sin doblez
Y en cuanto se oye
que se arrancan al parejo
bajo sexto y acordeón
Hasta que abolle todo el suelo,
no lo dejo, dando vuelo
a mi tacón.*

Me gustan el acordeón y el bajo sexto de los Montañeses del Álamo, de los Cadetes de Linares, de Tanguma, de Julián Garza, de Ramón Ayala. Me gusta el huapango, el chotís, la polka y la redova, la cumbia de Bronco, con sus respectivos bailes tradicionales, haciendo polvadera y bailando bien agarrados.

Me gusta el baile. Ver y bailar las danzas La cápsula, El circo, La bola y Picame tarántula. Las mujeres con blusa de manga larga y abombada hasta el codo; pechera con encajes, camafeo

rodeado de una cintilla negra, falda redonda y botas. Los hombres con pantalón de casimir oscuro, camisa a cuadros, texana, la tradicional “cuera”, y por supuesto, botas y sombrero.

Me gusta el hablar nortea, se alarga la última sílaba de las palabras, se sostiene interminablemente como si quisieran que la conversación permaneciera estática, inmóvil y sin tiempo. Se repiten las palabras y entonces vamos “corre y corre”, porque está “llueve y llueve”, y nos estamos “moje y moje”.

Me gustan las letras regiomontanas. Me gusta leer a mi ciudad en Alfonso Reyes, imaginar su evocación nostálgica de la memoria, leer la libertad en su inteligencia. Me regocija el gusto de nuestra gente por el arte en todos sus colores y sabores, con un público que lo mismo llena teatros y auditorios para grandes eventos, que los rincones de la Macroplaza para aplaudir mimos o bailarines. Me dolió que se muriera Celso Piña, igual que me dolió cuando se murió Piporro, porque ambos se llevaron un poco de nosotros. Me gusta leer las letras dibujadas en un libro, y también verlas bailar sobre los fondos blancos de las paredes que recorre la Acción Poética.

¿Qué será exactamente esta calidad de “regios”? ¿Dónde se adquiere? ¿De qué se trata? No creo que sean preguntas que se puedan responder a cabalidad, porque ser regio es algo que se lleva en la sangre y en la mente y en el orgullo, sin que se ubique en ninguna parte en especial, pero que se nota por todos lados. Creo que la belleza de esta tierra es consecuencia de sus contrastes, y que esa riqueza externa se nos mete en el cuerpo cuando nacemos aquí; igual que les pasa a quienes dejaron su ombligo en otro lado, pero vinieron a renacer al pie del Cerro de la Silla. ¡Sí, señor!

Me gusta el carácter nortea, alegre, recio, fuerte; pero me encabrona la facilidad con que este carácter se convierte en violencia, se contagia, y va llenando los rincones de la ciudad. Esa violencia que ha tomado la noche, las esquinas, las plazas públicas, la música, se va llevando la alegría y nos ha dejado miedo, y nos va acostumbrando a gritar sin escuchar, nos vamos volviendo indiferentes, nos vamos apaciguando, y poco a poco dejamos de ver ese gran vacío que se extiende ante la ciudad. Nos va quitando lo regio...

Aunque a veces busquemos esa identidad efímera debajo de una imagen clónica de botas y sombrero, sabemos que no será suficiente decir que tenemos orgullo de ser del norte; tendremos que reconstruir lo que se está perdiendo. Tengo cuarenta y cuatro años siendo nortea. Puede ser que sea poco, pero para mí ha sido todo lo que alcanzo a ver. Me pasa, nos pasa, como todo el mundo: sólo quiero regresar y vivir en paz.

Cinco estúpidas razones para amar u odiar locamente a Monterrey

Joaquín Hurtado

Hamburgo.- *Uno.* La gente. Los regios son generosos, cultos, buenos anfitriones, humildes, alegres, trabajadores, luchones, ahorrativos, ciudadanos ejemplares. Es un mito de muy mala leche la supuesta tacañería y mamonería de nosotros los bárbaros. El regiomontano promedio se quita los chones sin dudar un instante, da a manos llenas sin pedir nada a cambio. La calidez, la filantropía, el socorro al necesitado son legendarios en época de desastre. Los políticos y los escritores –esa plaga bíblica de mentirosos profesionales– se han encargado de dinamitar esta imagen idílica con propósitos inconcesables. El pueblo espléndido les cobra muy caro la patraña y prosigue su camino franciscano. Diosito nos resguarda un terrenito campestre en el cielo de los santos.

Uno bis. La pinche gente. Los regios en su inmensa mayoría somos gachos. No gachos, gachísimos. Culeros. Vanidosos, cochinos, rebeldes, derrochones, homofóbicos, misóginos, racistas, clasistas, malmodeados, crueles, cínicos y codos. Que nadie nos venga con cuentos, con la intención de picarnos los ojos. El señorón de San Pedro o la ñora de la Indepe cierra su cartera, chasquea la lengua, frunce labios, enarca las cejas, da media vuelta, se burla del menesteroso guatemalteco y lo deja con la mano tendida. Luego pone un *post* en *Feisbuk* ufanándose de su desprecio hacia el débil, de cómo negó un vaso de agua a la virgen María. De los muertos del Casino Royale. Escupe sin piedad a los familiares de los desaparecidos, tunde al jodido, y al hacer esto



asegura otro terrenito en el cielo.

Dos. La comida. Más allá de los platillos típicos que cualquier guía de turismo pedorra anuncia como cabrito al pastor, asado de puerco, tortillas de harina con machacado, cortadillo norteño, glorias de Linares, tostadas de la Siberia, menudo picoso, barbacha de cabeza, chicharrones de la Ramos con Tecate *light*, y mil exquisiteces que nuestra cocina ofrece al paladar más exigente; existen mezclas, síntesis, revoltijos, fusiones, transformaciones y devociones de alto linaje que la creatividad y la glotonería local ofrecen en fondas, puestos callejeros, restaurantes de caché, mercaditos, fogones de medio pelo y taquerías des-

parramados en toda el área metropolitana. La proximidad con EU es una gran ventaja para exportar famas e importar ingredientes internacionales. El dios que reina y juzga en el cielo nos obsequia complacido varias estrellas Michelin.

Dos bis. La asquerosa tragadera. La cercanía con Yanquilandia, el consumo compulsivo de refrescos, el sedentarismo, el gusto por darle gusto al gusto, sumados a nuestra contumaz e irresponsable manera de trompear como cerdos en cuanta fritanga y franquicia de comida chatarra se nos atraviese, tiene atestados hospitales y panteones con gente obesa, hiperglucémica, hipertensa, *hiperuptothemother* con triglicéridos, colesterol y lonjas que no se quitan ni con malteadas de Herbalife, o sesiones fatigosas de zumba con las comadres. Somos gusgos orgullosos. Dios benévolo nos adelanta otro pedacito de tierra en el cielo por nuestro modo de tirarnos al vicio de la tragazón.

Tres. *Sexy people.* Hombres y mujeres, chicos y abuelas, maricas y lesbianas, potentados y pordioseros, los regios poseemos cuerpos de tentación y caritas de terciopelo. Gobernamos el universo con gestos, acentos, bailes, canciones, calzado, modos, caminados, miradas y modelazos que nos hacen ver y nos hacen sentir la mera vena, la última CocaCola en el desierto. Al Chile: nos caemos de buenos. Nos creemos bellos. Lo somos. Desde muy pequeños aprendemos a vivir con esta regia responsabilidad. Arrogantes arroyamos con nuestra mágica beldad. Yo no conzco machos tan apuestos ni morras tan hermosas como los y las niñas de cualquier Mall o So-

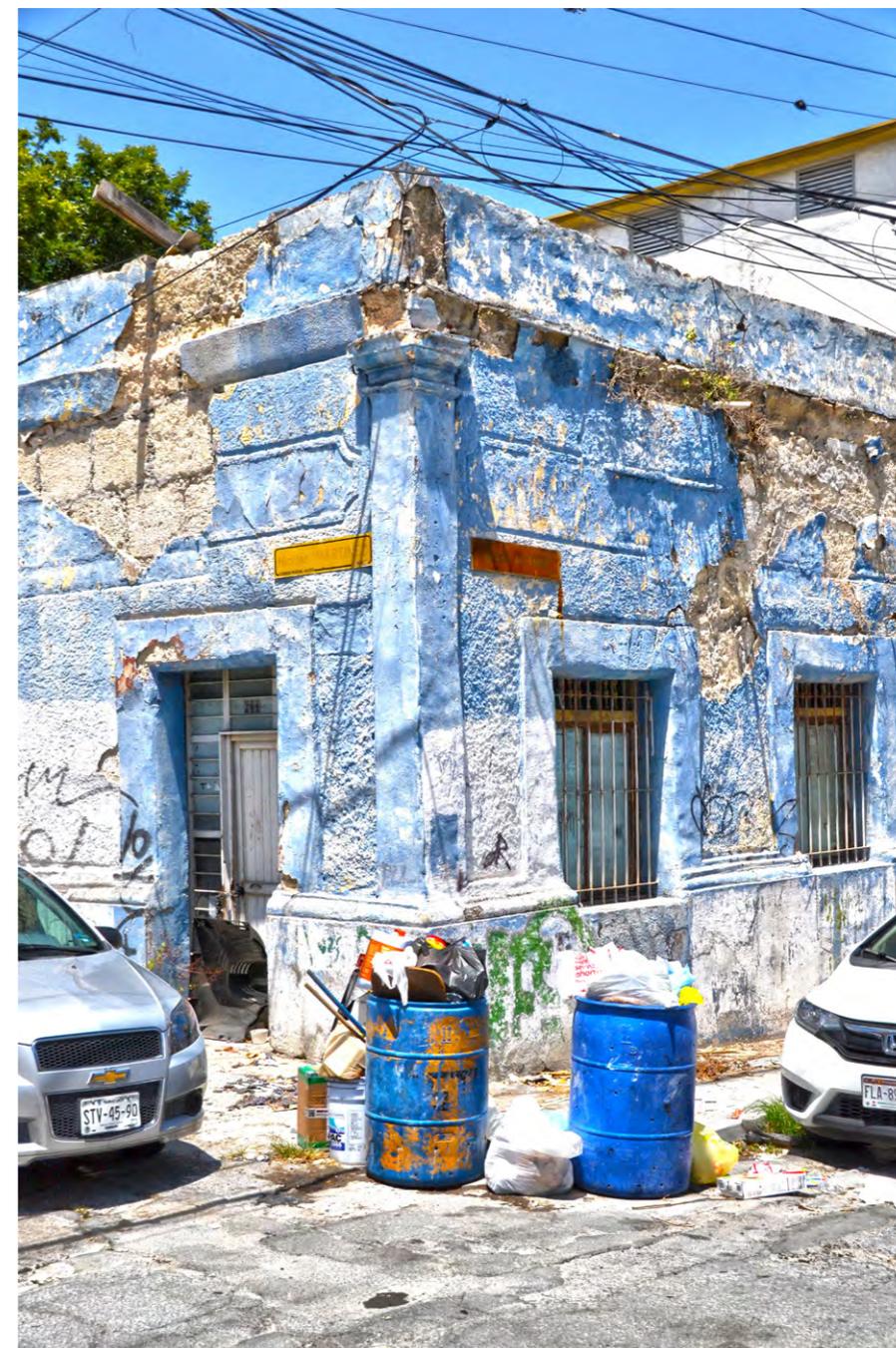
riana Hipermart, desde Apodaca hasta Santa Catarina. Al morir nos pelamos con el último grito de la moda. Mamacotes y flaquitas, veteranos y milenials, dios bellísimo que tiene su boutique en los cielos nos manda desde allá su bien nutrido guardarropa.

Tres bis. La fodonguez del adefesio. Qué vatos y rucas tan zarrapastrosos somos. Neta. Qué oso. Monterrey se distingue por la naquez provinciana de sus aborígenes. Las seños y los ñores se dejan crecer las panzotas hipopótamas. Qué horror. Así salen al súper o a bailar cumbias con sombreros ultramacuarros. Chíngale. Qué peinados tan equis, qué maquillaje tan chafa, qué vestidos tan de segunda, qué espantajos apestosos se bajan del camión. Dios permita que el diablo nos cargue y nos venda en el circo de los fenómenos abominables.

Cuatro. El tráfico cuando no hay tráfico. Oh, miren: el sereno regio no lleva prisa, no oprime desahogado el claxon, no saca la pistola, no quema llanta, es amable, cede el paso, avisa con tiempo el cambio de carril, se estaciona donde debe, respeta los reservados; qué educado, qué atento, qué considerado con el peatón, con el ciclista, con el viejito de bordón, el ciego y el payasito de cruce-ro. No mienta madres, no saca la lengua, ni manotea siquiera. Es un ángel de la guarda. Maneja tan civilizado. Ejemplo de chofer, un caballero inglés. Dios expide sagradas licencias a los choferes regios que lucen alas de querubín.

Cuatro bis. A rajamadre. Monterrey tiene primer lugar en percances viales y muertos por accidentes automovilísticos a nivel nacional. Su sed de sangre inocente es insaciable cuando se pone al volante. El puto, perrísimo tráfico tiene la culpa. No las familias que tienen dos coches por cabeza, más uno por mascota. Hasta el cotorro tiene carro pa cotorriar con las cotorritas. Ese güey quiso agandallar y pos no tuve más remedio que echarle la Hummer encima, pa que aprenda a respetar el puñetas. Chócala con todo a la pinche vieja, estúpida quién te enseñó a manejar. Rebásalo, pártelo en su madre al idiota que va como baboso. No andas en la Alameda, joto. Tienes alas o qué pedo. Tatata ta, cagado mamón. Dios nos abandona a nuestra suerte en Gonzalitos o Constitución.

Cinco. Él habla acá bien golpeado. Qué acento tan sublime. Qué rico vocabulario. Qué florido diccionario. Qué versátil nuestro glosario. Al típico regio le salen cultismos naturalitos antes de nacer. Qué verba más densa, académica, llena



de entrañables zoncercas. Qué chavas más alzadas y culas, qué ruquillos tan pizpiretos y güevudos, qué mamis tan ricas como su reputísima madre. Dios nació en Cadereyta y empezó a echar tertos putazos en la carnita asada viendo el fútbol clásico entre Tigres y Rayados.

Cinco bis. Pero qué boquita, hija, pareces carretонера. Hace un vergo de tiempo que ocupo voltiar para darte la contra, pelao. Sólo hay que rogar que nadie se nos ponga enfrente, porque le vacío la tracatraca y le doy una cabronísima arrastrada de padraastro putaño. Niño, cierra ya ese hocico de cañería. Dios resbala con tanto gargajo, azota y se

pierde entre el lodo y la cagada del habla regiomontana.

P.S. Como podemos apreciar, mi ciudad natal, Monterrey, es obra de dios glorioso. Da y quita pero con el diablo se desquita. Tiene de todo para convertirse en la ciudad más ordenada y limpia del mundo mundial. Su resplendor civilizatorio llegaría hasta Tampico, Saltillo, McAllen, Houston, la Huasteca y Monclova la bella. Su grandeza sería la envidia de París, Londres, México, Buenos Aires, Matehuala. Pero no. Simplemente no le da su pinche gana.

Monterrey: mitos y realidades

Saúl Escobedo



Los Ángeles.— Uno crece adoptando y alimentando los mitos y leyendas de su terruño. Queriendo creer que pertenecemos a un lugar especial y que como él no hay dos. Luego uno sale y se da cuenta que después del primer semáforo ya hay otros “otros” que claman lo mismo para su pedacito de tierra. El caso que me ocupa hoy es el de Monterrey y sus mitos y realidades que amamos y detestamos.

Hijo de inmigrantes, crecí en las nuevas colonias del norte de la ciudad durante los 70's y 80's. Mi padre, originario de Zacatecas, cubría un tiempo completo para una planta industrial en San Pedro, por la carretera a Saltillo, a donde llegaba desde San Nicolás de los Garza, tras un trayecto de una hora en un día sin tráfico. Mi madre, de Linares, Nuevo León, me heredó el gusto por los dulces, y un diccionario completo de regionalismos que mi hermana se ha ocupado de compendiar.

A mi papá le eran impartidos cursos y seminarios de los temas de vanguardia en la industria, como lo eran la “calidad total”, teo-

rías completas en cuanto a la disposición de las líneas de producción, y de la importancia de obtener certificaciones. Su mente ingenieril le permitió ir con las tendencias y computar los cambios. También fue eficiente en transmitirlos a mí y a mis hermanas la mística alrededor de las bondades de una buena empresa, como a la que él se consagraba, la grandeza de una capital moderna como Monterrey y el empuje de sus líderes, titanes de la industria que supieron salvar los obstáculos y aprovechar las oportunidades. Una narrativa encantadora que asimilé a la par que el catecismo católico.

Todo encajaba. En la tele, prodigioso aparato que normaba la realidad, se remachaba la historia que mi papá nos contaba. También en el periódico *El Norte*, que no faltaba todos los días en casa. Muchos crecimos con la idea de que las grandes empresas regiomontanas eran como unos padres grado corporativo, que estaban ahí para guiarnos y procurar nuestro bienestar. Nuestra ciudad era un bastión industrial y del emprendimiento co-

nocido y respetado en todo el país. En todo el planeta.

Escribo desde la ciudad Los Angeles, California, EEUU. Una ciudad que ha trabajado su propio guión para la película llamada Hollywood, que ha compartido con el mundo y en la que los mexicanos son personajes marginales o inexistentes, al igual que los “sin casa”, quienes acampan en largas banquetas de toda la ciudad.

Aquí, la ciudad de Monterrey sólo existe de una fantasmal manera a través de marcas como Topo Chico o Tecate, o en la presencia de revolvedoras de Cemex en los sitios de construcción. Muchos no saben de la existencia de Monterrey, Nuevo León y la confunden con Monterey California. También aquí, durante la producción de un comercial para TV, conocí a Jerry, un director de fotografía afroamericano que impartió clases en el Tec, hasta que lo ahuyentó la ola de violencia que explotó en México en tiempos de Calderón, cuya devastación es documentada por Netflix en “Hasta los dientes”.

Si no es por los grandes corporativos, Monterrey existe de vez en vez, cuando hay masacres, desastres naturales, un reportaje sobre el hombre más obeso del mundo y, en contados casos, por algún personaje destacado gracias a su talento, como sucedió con la noticia de la muerte de Celso Piña.

Los barrios, las costumbres, las inquietudes, temores y aspiraciones del regiomontano común, no son reflejadas en los paquetes de comunicación emanados de la zona metropolitana de Monterrey, sino el estereotipo bruto y futbolero. Y es precisamente el poder corporativo el que define los parámetros de lo que es o no ser “regio”. Qué consume un regio, cuál es su afición, qué lo entusiasma y lo hace gritar. Por eso cuando algún hispanoparlante de por acá se entera que soy de Monterrey, la pregunta que me es formulada por acto reflejo es: ¿y a qué equipo le vas?

En las esferas ejecutivas de los grandes negocios no tiene cabida el regiomontano común. Ni voz ni voto. Las luchas y manifestaciones ciudadanas son ignoradas de forma automática. A lo mucho, plagian las consignas para añadir las blanqueadas y descafeinadas al discurso de fundaciones, AC's y ONG's, a modo que no llegan muy lejos, pero son lucidoras. Los gobiernos también están sujetos a los deseos de los altos ejecutivos, y los políticos también juegan el juego y hacen como que escuchan a grupos y colectivos, y hasta los integran a consejos y mesas de trabajo patito, para al final tomar las decisiones que convengan al capital grandote.

Confío en que poco a poco las historias de las calles y casas de Monterrey serán más conocidas que sus equipos de fut. Que las luchas de sus ciudadanos tendrán más eco que las campañas publicitarias. Que sus ríos, cerros, bosques y edificaciones antiguas, sean más importantes que sus estadios, desarrollos inmobiliarios y los chorizos verticales de concreto de estilo “contemporáneo”.

Quiero que la próxima vez que alguien identifique mi origen me pregunten mejor cosas como: ¿De Monterrey?, ¿donde decidieron convertirse en un pueblo bicicletero?, ¿donde detuvieron las máquinas que pelaban los cerros?, ¿donde conservan su patrimonio arquitectónico?, ¿donde supieron frenar la devastación y pudieron sanar la ciudad?, ¿donde sus gobernantes son gente inteligente y sensible, preocupada por el medio ambiente y la calidad de vida de sus habitantes? ¡Qué envidia!

Cada vez que alguien, refiriéndose a la migración, dice: “es que ya somos muchos”, pienso en el porqué esa misma gente no protesta ante la falta de campañas de control natal. O sea, ya somos muchos, pero todavía hay lugarcito para los futuros hijos de las familias de aquí. La xenofobia y el racismo han sido el



elefante en medio de los cerros que bordean la ciudad. Antes, más en la intimidad de la sobremesa; ahora, más abiertamente, como se puede apreciar con frecuencia en las redes sociales.

Los regiomontanos culpamos a los migrantes de los problemas que nosotros mismos hemos creado o dejado crecer. Es una postura simplona y comodina, pero sobre todo muy conveniente para los gobernantes que también cargan contra los extranjeros que pasan o deciden residir en la ciudad.

La contaminación, la inseguridad, el descontrol inmobiliario, el tráfico desquiciante, el transporte colectivo caro, ineficiente y peligroso, etcétera. Nos resistimos a seguir al dinero y descubrir a quienes realmente se benefician de este caos. ¿Para quiénes es un negocio la construcción de “obras viales” mal planeadas, mal construidas, incompletas y excluyentes? ¿A quiénes les conviene que las autoridades ambientales sean un cero a la izquierda? ¿Quiénes levantan torres de departamentos sobre inmuebles catalogados como patrimonio artístico y cultural, ante la complacencia o impotencia del INAH y el INBA? ¿De qué tamaño son las fortunas de los concesionarios de rutas camioneras, quienes se quejan siempre que con lo que captan de tarifas no les alcanza? ¿Son los mismos favorecidos de que el Metro de Monterrey se quede chiquito? ¿Son parientes o socios de funcionarios? ¿Son gobernantes, diputados, alcaldes o regidores?

¿Será que tememos que si le rascamos un poquito más caerán los mitos que sostienen apenas la imagen que queremos sostener de nosotros mismos como “regios”?

Monterrey es mi cuna. Donde vive mi familia y mis círculos de amistades más entrañables; donde están los grupos de activismo con los que me he identificado y en cuyas manifestaciones y actividades he tenido oportunidad de participar; en donde he podido hacer teatro, producir video y animación, ga-

narne la vida como diseñador gráfico o ilustrador. Es el trampolín que me ha permitido ir y venir a distintos lugares y conocer un poco de lo que hay afuera. Sonríe al recordar a mis socios de la cooperativa Semilla Creativa, así como a todos los artistas que nos honraron en el escenario de K'iin Café. Al recrear las juntas semanales del grupo Vecinos del Centro y las jornadas de fiesta en el barrio, y de limpieza de parques y calles.

Desde aquí siento mi corazón conectado siempre a mi ciudad, pero por razones muy distintas a lo que institucionalmente se promueve sobre ella. Tengo esperanza que pronto cambiará la cara que ofrezca Monterrey al mundo; que su discurso será de armonía, ideas, creatividad y razón. Tengo la certeza que ese cambio será consecuencia de las decisiones que tomen los chavos que nacieron con las redes sociales; que han tenido más opciones que ver los programas de Chavana y Don Rober; que no están acostumbrados a que les impongan un formato de vida y que no creen en las ilusiones que les quieren vender.

Creo que la ciudad más contaminada puede convertirse en la más verde. La más estresada en la más feliz. Cambiar la carne asada más grande del mundo, por el mejor índice de nutrición y bienestar. La porra más gritona, por la urbe más culta. La telebasura, por teatros llenos. Los megaconciertos que tumban árboles y destruyen jardines, por recitales y exposiciones de todas las expresiones artísticas, en todos los rincones del estado.

Se cayó el teatro guiñol y huyeron los marioneteros. Nos quedamos huérfanos. Ya hasta dan poquita risa los esfuerzos por querer sostener en su pedestal a los ídolos de vidrio, papel, agua teñida y metal, que en nuestra mitología encarnaban el espíritu pujante de la industriosa sultana.

Cambia la “mística”, nos guste o no. Muchos de los que tomarán las decisiones mañana, ni siquiera han llegado a habitar la ciudad. Monterrey se transformará para buscar su propia supervivencia, y para ello se cambiarán hábitos y se optará por estilos de vida hasta ahora inimaginables. Algunos mercados desaparecerán, otros se contraerán o atomizarán. Cada vez más escucharemos las palabras economía local, sustentabilidad, autogestivo, comunitario, cooperativista, orgánico, reutilizable, biodegradable, autoproducción, decrecimiento, incluyente y amable con el ambiente y con los animales. Esa es la tendencia. Aún incipiente, pero tendencia al fin.

Monterrey será la antítesis de lo que fue y ello significará un triunfo de los mismos regiomontanos (viejos y nuevos) por encima de los mitos e irrealidades que se perderán para siempre en la nata de esmog que ellos mismos provocaron.

De mi amor y otros demonios

Manuel Yarto



Monterrey.- Nací en Monterrey en 1960 y he vivido aquí desde entonces. Sin embargo, mis raíces no son regiomontanas. Mi padre, coahuilense, y mi madre, potosina, llegaron a la ciudad hace más de 60 años, para hacer familia y patrimonio. Aunque orgulloso regiomontano –amo mi terruño–, mi infancia se nutrió con los usos y costumbres de las áridas tierras de La Laguna coahuilense, donde pasé mis veranos. Y eso define mis gustos y disgustos de la ciudad y su cultura.

En la psiquiatría se le llama trastorno disociativo de la identidad, a la existencia de dos o más identidades en una persona, cada una con su propio patrón de percibir y actuar con el ambiente. Creo que Monterrey, y no es excepción, padece ese trastorno.

Por ejemplo, la regiomontana es una sociedad pragmática, focalizada en el trabajo como principio y fin del ser, generadora de riqueza material, y por tanto notablemente anti-intelectual. Pero al mismo tiempo, Monterrey es sede de excelentes instituciones educativas, que atraen desde hace décadas a las jóvenes generaciones de todo el país. Y la universidad es por excelencia un espacio de libertad para desarrollar el intelecto.

Otra prueba de esa doble identidad tiene que ver con su visión del otro. Una población claramente racista, donde los “cadeneros” seleccionan como si fueran reses al matadero quién puede o no ingresar a los bares en la ciudad, según el color de la piel, o el cabello y la delgadez del cuerpo. Práctica que la sociedad joven aprueba casi sin chistar.

Aunada a ese condenable racismo está una visión etnocentrista: todo lo regio es bueno –lo que eso signifique–, y por supuesto mucho mejor que lo que venga de fuera. Todo ello un verdadero contrasentido, pues la ciudad es un espacio de

multiculturalidad que se nutre, y ya forma parte de su ADN, de la riqueza que aportan los migrantes que a diario llegan por miles. Obvio que a los migrantes de piel blanca les va mucho mejor que a los de piel oscura.

La acelerada transformación en las últimas décadas, de un centro fabril e industrial a un centro educativo, ha cambiado el rostro de la ciudad. En vez de las fábricas, el polo de atracción son hoy las instituciones educativas, que cada año reciben a miles de jóvenes que buscan una educación de calidad. Jóvenes que, al graduarse, se quedan aquí por la variada y poderosa oferta de oportunidades para el escalamiento social.

Porque, también hay que dejarlo claro, ese espíritu de trabajo y ambición material –herencia de las comunidades migrantes de judíos y sefarditas–, ha hecho de Monterrey una ciudad de riqueza económica. Y ahí aparece otra ambivalencia de la sociedad regiomontana, la cual tiene que ver con su relación con el dinero. Durante generaciones la población se destacó por su cultura del ahorro y austeridad, que para algunos rayaba en la tacañería. Pero al tiempo que se mantiene esa cultura, donde le cobras a tu mamá el litro de aceite que te pidió le compraras en la tienda, conviven el dispendio y el consumismo extremo, donde gastas lo que sea para celebrar el 15 años de tu hija, la graduación de kínder, o pagas a escandaloso sobreprecio la entrada al partido de fútbol, o tu grupo de música de moda.

Pero más allá de ese trastorno de identidad, que se refleja en estos y otros aspectos, son más los lados amables y valiosos de Monterrey y su gente. Quizá por eso el pronóstico es que seguirá creciendo; pese a su falta de agua, a su exacerbada contaminación, y a su ofensiva cultura vial, tanto nacionales como extranjeros ven a la ciudad como el sueño mexicano.

La Sultana que se finge tierra (demasiado) firme

Roberto Maldonado Espejo

Manzanilla del Mar.- Estamos cumpliendo cinco años de haber salido de Monterrey. Vivimos al filo del agua, a la orilla de La Mar; hemos aducido miles de razones ante la extrañeza de quienes nos preguntan con el gesto de quien espera una confesión, de quien da por hecho que sólo un desastre puede hacer que una familia deje la gran ciudad, de quien vive en la prisión del prejuicio de que la ciudad es el gran hogar. En nuestro fuero interno sabemos que no tenemos más razones que fundamentos inventados, que nuestra decisión fue como tirar una moneda al aire, dados lanzados desde donde se toman las fatalidades como elecciones: nuestro inconsciente.

La Sultana del Norte ya había despertado molestias serias, pero no más que en todos los que ahí viven aún. Sabemos que ahí estudiamos, trabajamos y empezamos la familia, así como sabemos que no tenemos nada que agradecer a ese espacio y sí bastante a muchas personas que forman parte de nuestra historia, más que la ciudad.

No amo a esa Ciudad de las Montañas, tampoco la odio y mucho menos me es indiferente; y no es un chiste, es dejar de lado epítetos que confunden en el hábito y que nos hacen creer que elegimos cuando en realidad eso nos ha tocado vivir; básicamente hubiéramos sobrevivido en cualquier ciudad. Para mi fortuna, no tengo el pálido consuelo de la engañosa nostalgia.

Llegué a Monterrey a estudiar. Era una ciudad donde el trabajo y el talento eran apreciados si se salpicaban de cierta dosis de agradecimiento y docili-

dad. Trabajar para una empresa y tener tiempo de mostrar lealtad tenía sus recompensas, acaso porque los sindicatos “blancos” debían equilibrar a los “rojos”, y porque la Ley Federal del Trabajo mantenía algunas apuestas a este tipo de desarrollos. La universidad no tenía rejas y podíamos ir a cualquier hora, incluso pasar ahí largas noches y practicar algo más que lo académico.

Era una ciudad caminable y dejó de parecerse a McAllen cuando quitaron las palmeras de la Calzada Madero, junto al camellón de catorce metros que servía de paseo familiar; pero no dejó de ser la ciudad norteamericana más al sur de la frontera. No me contradigo, no es nostalgia por ese tiempo, ni siquiera por la frutería La Victoria, que vendía licuados las 24 horas; es acaso porque el poema de Samuel Noyola sí me despierta esa envidia de detener la instantaneidad en unos versos adecuados a cualquier tiempo y ciudad. He escrito todo esto porque el pedido de este texto así lo exige: personal.

Pero también con la conciencia de que ese mito: la vuelta al origen, mentido como verdad, no tiene nada de claridoso, sino que es más bien un clavado en las aguas cenagosas, turbias, donde se gestan los secretos de futuras consecuencias.

Vivimos aquel tiempo de la Liga 23 de Septiembre como testigos y no creímos, algunos, que los empresarios son los prohombres de esa urbe, sino los obreros, los migrantes que llegaron de San Luis y Zacatecas –sobre todo– buscando ese “milagro” que ofrecen las ciudades: el desarrollo, el progreso.



Las ciudades como centro de ejercicio y reparto del poder generaban ciudadanos, luego los convirtieron en consumidores, para terminar, sin exageración, en hacerlos esclavos. Esclavos del mundo que cada uno de ellos hace en su imaginario, a través de los medios. Esclavos de su pequeño mundo, cada vez más alejado del mundo real.

Monterrey está en nuestra historia familiar como una parte muy importante en la construcción de eso que llaman identidad, y que nosotros ponemos en duda a cada momento; sabemos que vivimos en nuestro propio desconocimiento y no nos engaña ese otro mito de las “raíces”.

Volver a las raíces, lugar común que consuela de la pérdida, ilusión que engendra el volver a empezar. Volver a las raíces está en la memoria, como si fuera el botón de rebobinado desde donde cambiar una historia personal que se extiende a una comunidad. Dos mitos sostienen esta metáfora vegetal: el espacio y el origen; dos categorías cuya fuerza es su concreción, que luego se pierde en el lienzo de lo simbólico.

Arrastramos momentos, personas, acaecimientos que están presentes en este lapso corto que nos toca y que llamamos vida, porque sabemos que nuestro hogar lo inventamos: el tiempo; que con cierto abuso de la palabra es el espacio real que vivimos. Nos tocó Monterrey y pudimos cambiar de lugar, pero no podemos cambiar nuestro tiempo; es ese lapso ante lo que sigo vibrando con cierto amor, con mucho amor, por cierto.

Orgullosamente regio

Luciano Campos Garza

Monterrey.- Soy de Guadalupe, el municipio que es vecino de Monterrey, al oriente. Crecí en el mero centro del territorio guadalupense, pero cuando salgo del estado me dicen que soy regio. Damn. Soy de Guadalupe, guadalupense, aclaro con prontitud. ¿No entienden? Fuera de aquí se cree que todo Nuevo León es Monterrey. Pero lo comprendo, porque la ciudad es emblemática, ni cómo negarlo.

Quienes viven en entidades periféricas de la República Mexicana la ven con asombro. Con algo de ese desprecio salado, generado por las tontas rivalidades surgidas de la proximidad geográfica, nos llaman chilangos *light*. Viéndolo bien, con todo y su pomposa autocelebración, podría pensar que Monterrey es, al mismo tiempo, el resumidero de Nuevo León. Todos los males del estado van a parar ahí. Y por lo mismo, la ciudad, igual que el hoyo que conduce al albañal, apesta.

El estado padece una macrocefalia incurable. El 95% de su población está concentrado en la decena de municipios que conforman su área citadina. En igual, o mayor proporción, los recursos que obtiene el estado se van directo a la alcancía desfondada de la capital. Que se jodan los otros 50 municipios, parecen decir las autoridades, con dedicatoria a los municipios rurales. Desde esta parte del estado, los alcaldes de Galeana, Doctor Arroyo, Aramberri, China... son vistos como pedigrüños que desfilan en el palacio de Gobierno con el sombrero extendido porque, para la administración estatal, la gente de las rancherías no vale nada. En esa enorme cabeza conurbada, Monterrey es como una frente chipotuda, la parte más amplia y visible.

Como la capital es referencial, a todos nos ponen un remoquete que me parece bastante mamón. "Soy regio", dice el nacido aquí, cuando se identifica por gentilicio. Lo peor es que los de afuera se lo creen. Un amigo, hace poco me lo aclaró con tono grave: "Es que, neta, compadre, Monterrey es una ciudad fregona. Ustedes los regios todo lo hacen grande". Mientras lo mencionaba, sentía un



émbolo empujando el mastiche de mis intestinos. Pobre, morirá engañado. No desmentí a mi amigo. Lo dejé ensoñando en que acá todo es de realeza cuando, la neta, Monterrey no es más que un jacalote urbanizado. Bien lo decía Chabelo cuando *En Familia*, se refería a ciudades como esta como provincia. Somos provincianos. Pero como que no lo entendemos muy bien. O nos cegamos ante los hechos, por ceguera convenenciera, o por ignorancia bendita.

Existe entre la gente que vive aquí, un trágico complejo de superioridad, que la hace sentirse más que el mexicano promedio. Como el que vive en la capital de Nuevo León asume que los municipios anexos también son de su pertenencia, siente que en la avenida Las Torres, de San Pedro, tiene su propio Dubai, lleno de edificios majestuosos y con grúas espigadas, haciéndolos cada vez más altos, como aquella ciudad de los Emiratos, que se eleva de manera inexorable. Hey, sépanselo: ni siquiera el Cerro de la Silla es de

Monterrey. ¿Dónde creen que está ubicado? Exacto: en el mero Guadalupe. A Monterrey sólo le toca la enorme sombra. Ojo: una parte sustancial de la fuerza laboral de la capital reside en mi municipio. Somos el dormitorio de los trabajadores que mueven los engranes de la ciudad que se cree modelo.

En 1997, México obtuvo el campeonato mundial de Ligas Pequeñas de beisbol en Williamsport. La liga que se coronó fue la de Linda Vista, una colonia ubicada en Guadalupe. Y qué creen, en la transmisión de TV, los comentaristas animaban: ¡Vamos, Monterrey! Uf. Luego, ahí está el mito lapidario de Alfonso Reyes, que enaltece al obrero regio como "un héroe en mangas de camisa". Chale. Como si la gente que trabaja en Mérida o Nacajuca no aportara nada. Y pensar que el mismo Reyes, enaltecido de Monterrey para el mundo como el "regiomontano universal", era un patán en su vida privada.

De acuerdo, la capital de Nuevo León es la ciudad más importante del norte del país. Punto a su favor. Aunque, por otra parte, eso no significa nada más que la confirmación del aldeanismo regiomontano. ¿Neta, regio, te sientes chingón porque tu ciudad es más importante que Huejotitán o Llera, o porque tienes más ingreso per cápita que Bacadéhuchí? Camán. En La Alianza hay marginación somalí. A un lado del Palacio Municipal, en la colonia Independencia, hay una zona de guerra, permanentemente conflictuada y deprimida. Pero siempre hay momento para darle nivel, por supuesto, porque en sus calles creció el ya difunto rebelde del acordeón, Celso Piña. Como si el origen del músico santificara ese girón de capital que es, al mismo tiempo, pintoresco y peligroso.

A escasos kilómetros de ahí se encuentra, en el contraste brutal, Cumbres Platinum, una de las colonias más ricas del norte de México. Establezco los extremos para remarcar las diferencias de lo que se ve, hacia afuera, como el paraíso del progreso mexicano, pero que es, hacia el interior, una metrópoli con marcadas desigualdades que hablan, como siempre, de la deficiente administración de los dineros



públicos.

Y luego está la sacrosanta pasión futbolera, con su indeclinable contumacia cervecera, que embriaga de goles y chelas a la fanática. No hay plaza en México, como la de aquí, que transmita más programas de futbol en radio y TV. La polémica es barata. Los cacofonistas regiomontanos golpean cada semana el avispero para armar alborotos entre la fanática, con temas que se esfuman cada lunes, cuando hay otras discusiones y es necesario darle de palos al panal. Y la banda ebria de pundonor arremete en defensa de la casaca. Lo dice David Mamet: hablar de los deportes en espacios especializados, cuando no hay juego, es como prolongar la emoción. Y aquí la emoción prolongada se eterniza, con ráfagas diarias de transmisiones de programas de futbol que a todos nos bañan, aunque no queramos, aunque quisiéramos escapar, como la radiación atómica que nos va a carbonizar en el día del holocausto nuclear. Monterrey está inundada por balones. El mundo del regio es marca Voit y tiene gajos.

Los que hemos tenido la oportunidad de vivir como migrantes en ciudades de algún país desarrollado, nos damos cuenta, con un poco de pena, que, en comparación, el regio vive en una chabola. Y, en algunos puntos de la ciudad, si seguimos con el contraste, en las cavernas.

Aunque, por otro lado, tengo que reconocer que el rancho que habito tiene sus pedacitos buenos. Todo lo que ocurre en el norte de México pasa por aquí. En entretenimiento,

por ejemplo. Aquí se puede ver prácticamente de todo y todos los fines de semana. Hay futbol, beisbol, básquetbol a nivel profesional. Todos los artistas que salen de gira pasan por aquí. Cantantes, teatreros, saltimbanquis, conferencistas, intelectuales, mercachifles, dioseros. Hay montones de espacios para que se presenten: la Arena Monterrey, el Pabellón M, el Auditorio Citibanamex, Showcenter Complex, Auditorio San Pedro. Cuenta, también el Café Iguana, cómo no, para toquines más cerrados.

Las vialidades son enormes y anchurosas. Constitución y Morones Prieto recorren toda la ciudad de oriente a poniente, ida y vuelta. Se ponen insufribles en las horas pico, lo sé, pero habrá que ver cómo se vive en el tráfico de ciudades como, por ejemplo, Reynosa, en la mañana o en la tarde, para saber lo que acá tenemos es una bendición. Lo mismo pasa con el transporte urbano. Está deficiente y es muy malo, pero funciona. Pero habrá que echarse una vuelta a Tijuana, para saber lo que es sufrir un mal servicio.

Y hay buenas escuelas. Está la UANL, el Tec de Monterrey, la UDEM, la U-ERRE, la Metro. Son buenas opciones y accesibles para estudiar una carrera. Pero no me extenderé mucho en este punto, porque entonces sí me pondría como el regio mamilla que he estado apedreando en estas líneas.

Además, esa liturgia dominical denominada carne asada no la cambio por nada. La familia es muégano, está muy unida y la reverencia a la madre hace que la parentela

se junte, mayormente, en la casa familiar. Se le reverencia a mamá como a la Virgen de Guadalupe, en un altar simbólico ubicado a un lado del asador. En Tamaulipas la gente se reúne en las palapas. En las colonias de esta zona metropolitana, en el traspacio donde creció la raza, donde se apilan bicicletas descompuestas y que se orla con macetas colocadas en tinas de lavadora, nos reunimos en torno al fuego para adorar la flechita y el tibón, como si fuéramos cromañones ensombrerados y con botas, que brindan jubilosos, chocando frascos de espumosos potajes espirituosos y fríos.

Después de todo, no es tan malo vivir aquí. Se me pasaba: me parieron en el Hospital de Zona, en el mero Centro de Monterrey, pero mi ombligo está enterrado en el Centro de Guadalupe, en la casa que mis papás han habitado desde que nació. De cualquier manera, por necesidad simple, no me quiero convertir en regio, soy guadalupense. De corazón, hubiera querido nacer en la Clínica 4, ahí cerquita de la plaza principal de Guadalupe, pero tampoco estoy para andarle reclamando a mi jefita dónde tuvo a sus crios.

No me detengo mucho a pensar en esto de que si Monterrey es grande o no. Nunca he tenido que pagar un precio por esta duda, así que dejo que el mundo gire mientras tiro a la basura mis indefiniciones. A fin de cuentas, ¿a quién le importa que el regio se sienta chingón?

De donde la querencia y su opuesto

Abraham Nuncio

Monterrey.- A ver. Luis Carvajal (o Carabajal) de la Cueva pacta con el monarca Felipe II (en las famosas *capitulaciones de 1579*) la colonización, asiento y pacificación del Nuevo Reino de León. En una de las cláusulas se estableció que Carvajal podía traer al reino por fundar 100 jefes de familia sin el pero usual de que debían ser *cristianos viejos*, vale decir, que no fueran judíos o pudieran pertenecer a la *vieja ley* (la ley mosaica). Ese rancio antisemitismo dio lugar, entre otros crímenes y dislates, a la ridícula idea de la *pureza de sangre*. Por ello el funcionario al servicio de la corona española no tuvo mayor tropiezo al embarcar, como parte de los sedicentes colonos, a varias decenas de judaizantes o judíos conversos –si no es que de algunos judíos a secas.

Carvajal fundó la ciudad capital en las inmediaciones de los Ojos de Agua de Santa Lucía y le dio el nombre de San Luis Rey de Francia.

A esa capital del tamaño de una ranchería le esperaban dos tragedias: la persecución y cárcel de Carbajal (hijo de judíos conversos) por encubrir prácticas judaizantes de su familia, a manos de la Inquisición, y una crecida del río Santa Catarina, que se abatió sobre el reciente asentamiento. La riada dejó al reino aquél sin su capital. Y la pregunta es: ¿a dónde fue a parar su población? Primera conjetura: a Zacatecas, Mazapil, Saltillo.

Por opiniones dentro del círculo familiar y la nomenclatura de alguna de las calles, los Nuncio de México tienen su origen más antiguo en la capital de Coahuila. Es natural, por igual razón, que de allí le viniera el topónimo al ejido San José de los Nuncios (o Nuncios) ubicado en el municipio de Ramos Arizpe, cercano a Saltillo. En varios asuntos legales (contratos comerciales, matrimonios, juicios), vecinos de apellido Nuncio aparecen en esta ciudad hacia los primeros años del siglo XVII. Segunda conjetura: sus antecedentes pudieron ser españoles o portugueses (Carvajal era de Mogadouro, Portugal, y en la misma tierra de Pessoa y Saramago está, entre alguna onomástica visible, la ganadería Nuncio Branco), por su lugar de origen, y católicos, pero también judíos –conversos o no–, por su credo.

En esas conjeturas se desliza otra pregunta ¿de dónde salió el nombre de Abraham que le dieran los bisabuelos del de la voz a su primogénito? Su abuelo paterno, cuyo nombre también le fue impuesto a una calle en San Antonio de las Alazanas, Coahuila, vino a dar a Monterrey recomendado por el general Francisco Coss, jefe de las fuerzas de Carranza en una amplia región del noreste mexicano. El mayor Nuncio, grado que alcanzó apenas se incorporó al ejército constitucionalista, prestó servicios –con sus hijos varones– a la revolución de principios del siglo XX: confiscada su hacienda (se extendía entre los municipios de Arteaga, Coahuila, y Galeana, Nuevo León) por los *traidores*, como llamaba el general Coss a la tropa de los golpistas con Huerta en el poder, el gobernador del contiguo estado de Nuevo León, Antonio I. Villarreal, le confirió la comisión de fraccionar latifundios. Seguramente para sumar una

de tantas ironías a la lucha armada que se libraba en el país.

Con ese retazo de historia, el nieto de aquel hombre que aparece en un relato escrito por José Juan Charles, un profesor normalista, para el volumen *Mi pueblo durante la Revolución* (edición original del Museo Nacional de Culturas Populares) y los materiales de que pudo hacerse durante su estancia en Monterrey, escribió *Visión de Monterrey* donde da cuenta del porqué la querencia y su opuesto por esta ciudad tupida de contrastes sociales y humanos.

Me permito ver a ese autor a la distancia y siempre que lo pienso me alegra verlo trabajar y ser beneficiario del premio al que convocó el Republicano Ayuntamiento de Monterrey y la empresa irlandesa IMPAC para elaborar un ensayo sobre la historia de la capital del ahora estado de Nuevo León con motivo de sus 400 años de fundada. Más bien, refundada por Diego de Montemayor, un hombre del círculo interno de Carvajal y también como éste, de acuerdo con algunas versiones, de ascendencia judía. Montemayor, según se sabe, se acercó en Saltillo, del que llegó a ser su alcalde, y de donde partió en la legendaria caravana para regresar a la antigua San Luis Rey de Francia y cambiarle el nombre por el de Monterrey (septiembre de 1596) para granjearse la disposición del entonces virrey de la Nueva España, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Velasco, conde de Monterrey (el de Galicia, España). Era también curarse en salud: en Saltillo había dado muerte a Juana Porcallo, su mujer, por tener connubio extramarital con el capitán Alberto del Canto; al cual, por lo demás, Montemayor entregó a su hija Estefanía con la cual Del Canto contrajo santo matrimonio. El episodio hay que leerlo en *El reino en celo* de Mario Anteo mejor que en otros textos.

Así que Saltillo donde el autor vivió diez años; así que Monterrey donde he residido por más de cuatro décadas. Por lo mismo el tal, originario de Texcoco, Estado de México, se considera naturalizado norteno. Pero uno es de donde se siente y de donde lo sienten. Así lo describió (más o menos) alguna vez el escritor Héctor Alvarado: no es de aquí pero resulta más regiomontano que el cabrito. En Monterrey se casó, después de vivir en Saltillo y en la ciudad de México (su siempre otra ciudad), y regiomontanos son sus hijos y varios de sus nietos. Buena parte de sus amigos viven en Saltillo, unos, y otros en Monterrey; también los que no lo quieren (es natural si se hace público aquello que se piensa, y peor si es con espíritu crítico). Si, como los militares, uno habla de la batalla según le va en ella, la que el autor ha librado en Monterrey contra adefesios y Hannibales sociales, económicos, ecológicos y culturales le ha parecido más lúdica (las teóricas e ideológicas no llegan a ser batallas sino como metáforas) que odiosa; para no hablar de aquello que ha sido su experiencia poética y política, escritural, laboral, amistosa (en *La Quincena* hay testimonios que él valora auríferamente) y amorosa (queda a deber su propio testimonio, pero lo valora en el plano de las piedras preciosas ya pulidas).

Aquel Monterrey adorable que ahora detesto

Eloy Garza González

Monterrey.- Podría enumerar los lugares turísticos que más adoro y que más detesto de Monterrey. Lo mismo podría hacer de su gastronomía (adoro el cabrito y odio el dulce de frijol, por ejemplo), o de su música (venero a Celso Piña, por poner un caso), o de su literatura (francamente pobre en su conjunto), o de su arquitectura (austera en sus orígenes y de pésimo gusto en la actualidad). Pero cada una de estas simpatías y diferencias, estarían filtradas por mi subjetividad. El repertorio de gustos o desprecios personales los rige la experiencia de cada quien; no se prestan al rigor del análisis, sino a la íntima psicología de quien opina.

Así que dilucidaré más bien patrones de conducta, hábitos propios de una comunidad (en este caso la regiomontana), que pueden propiciar el encomio o la condena, la apología o el denuedo, al margen de impresiones subjetivas.

Es lugar común advertir que Monterrey creció a partir del ahorro. Al regiomontano de antaño se le detestaba en otras latitudes de México por ser “codo”. Pero la acusación general no distaba de la realidad. “Las vacas comen todos los días”, decía un refrán socorrido por los regiomontanos, como argumento para trabajar incluso los domingos. En Monterrey se consideraba vagancia estar ocioso. Se llevaban las cuentas personales al día y se tenían hábitos de vida frugal. No es casualidad que mis ancestros fueran tenderos o administraran un hostal.

Nuestros abuelos eran dependientes de sí mismos, tacaños, madrugadores y ahorradores: vivían por debajo de lo que



ganaban. Pulcros y atildados. De la pala pasaron al arado y luego al tractor. Pero también del capital reinvertido pasaron a instituciones bancarias y después a un sistema de seguros. Invertían: quitaban el dinero de aquí para ponerlo allá, y buscaban el mayor beneficio o la menor pérdida. No era una operación fácil pero se aprendía con disciplina y partidas de madre.

El regiomontano ahorraba un porcentaje de los beneficios en espera de que los tipos de interés fueran bajos. Así financiaba mejores posibilidades de producción. Los bienes generados no se consumían al momento: se guardaba para el futuro. Se hacían cálculos y previsiones. A eso se le llama “preferencia temporal”.

Los valores comerciales se sustentaban en Monterrey en valores éticos, lo mismo en el caso de un tendero en el barrio de La Luz, que de un fabricante de hilos y tejidos en Santa Catarina.

Los regiomontanos nunca fuimos una sociedad opulenta, pero sí una comunidad previsora. Nunca fuimos notables inventores, pero sí grandes productores. ¿Por nuestras raíces árabes? No lo sé (tampoco importa tanto). Veíamos con afecto (y un poco con signo de pesos) al foráneo, libanés, judío o irlandés. Nos gustaba comerciar: comprar y vender. Así creció nuestra calidad de vida, por encima de otras regiones de México.

Lo que vino después es un desastre. Es la parte más aborrecible de los patrones de conducta de los regiomontanos. Se vendieron las empresas insignias de Nuevo León, se perdió el autocontrol (la capacidad de domesticar nuestros instintos), se entregaron las calles al crimen organizado, se creyó que el trabajo era un castigo, se vivió ya no para producir y ahorrar, sino para simular y apantallar. ¿Por qué nos pasó esto? Paul Lafargue, yerno cubano de Carlos Marx, publicó en 1880 un libro revelador: *El derecho a la pereza*. Lafargue condenaba “el furibundo frenesí del trabajo”, que es maldición de Dios.

Entre las “razas malditas de la tierra”, que les gustaba trabajar, como chinos, escoceses y gallegos, Lafargue bien pudo incluir a los regiomontanos. Sin embargo, hemos convertido este valor social en letra muerta, papel mojado. Cunden los apologistas (incluso del Tec) del discurso motivacional y la autoayuda, otra manera de referirse a la flojera o la pereza. Puras vaciladas.

Ahora, el comercio regiomontano se basa en la ludopatía, las vacaciones de varios meses a crédito, la pérdida del tiempo como misión de vida, la apología de los caprichos y los grandes lujos para impresionar al vecino, el ventajismo comercial, la ruta fácil de hacer dinero, el hedonismo como única filosofía. El consumismo contra el ahorro, la ligereza contra el rigor, lo frívolo contra la disciplina. Las consecuencias de una generación las paga la siguiente. Nosotros todavía no pagamos el alto precio. Viene lo peor.

Salvo honrosas excepciones, Monterrey se está convirtiendo en un pueblo detestable. Aunque yo adore a mucha gente, amigos y conocidos que viven aquí. Y mis cenizas se esparzan (por decisión personal) en lo más alto del Cerro de la Silla.

Monterrey, galán esquivo*

Cris Villarreal Navarro

Mc Allen.- Escribir sobre Monterrey, esta ciudad que amamos y nos castiga como galán esquivo, es rendirnos a su incuestionable atractivo: delirar con su espigado paisaje de musculosas montañas y su don de gentes, y al mismo tiempo tener que confesarnos que nos causa pena ajena por el ofensivo deterioro de su estado y su raquítica carencia de modales urbanos, inherentes a un estatus desarrollado.

Sus agrestes deficiencias atentan contra nuestra autoestima, que pretende presumir su compañía de emporio moderno y nos despierta en una crisis de identidad minusválida que, para cualquiera de los dos millones de orgullosos regiomontanos que recorreremos diariamente esta urbe, resulta tan agobiante como abrumador.

La impunidad con que la violencia urbana se manifiesta es palpable cuando se recibe en plena cara el humo de los escapes de camiones urbanos chatarra y cuando trocas materialistas circulan rociando el polvo de la arena a cuanto cristiano automovilista o peatón tengan a su alcance.

Otros aspectos de su bajísima calidad de vida son el ruido con que vecinos o vendedores ambulantes mercenarios suelen contaminar espacios residenciales, sin el menor respeto a nuestras horas de descanso y las toxinas del humo, el polvo, los gases y los desechos por procesos de combustión industrial y del transporte que constantemente nos agreden el olfato. También nos regresan a la abrupta realidad los residuos químicos que invaden el aire, la escasez de parque arbolados; los taxistas y peseras que manejan sus autos como si fueran los dueños de las vías de tránsito, la falta de seguridad producto de la crónica corrupción y la ausencia de programas culturales integrales que contribuyan en gran medida a su deterioro físico.

Desmond Morris, en su *Zoo humano*

describe con gran fidelidad la sensación de atrapados sin salida que experimentamos los habitantes de la capital de Nuevo León. Nos dice que el moderno animal humano no vive ya en las condiciones naturales de su especie; el habitante de la ciudad es un animal cautivo que atrapado, se ha instalado en una vasta y agitada casa de fieras, donde a causa de la tensión, se halla en constante peligro de enloquecer.

Esa neurastenia ciudadana se refleja en la impersonalidad, el “me vale madres”, y una actitud del todos contra todos que campea en Monterrey. La falta de procesos asociativos espontáneos no son producto del crecimiento de la ciudad, sino del tipo de relaciones que el sistema impone, basadas en la rivalidad, la mercantilización de las aspiraciones humanas y la insuficiencia del espíritu.

Nos manejamos en la barbarie social de un sistema basado en la tasa de ganancia y del capital como principio de organización, y en el que el hombre es un mero pretexto para que funcionarios públicos y privados hagan dinero sin el menor pudor. Ahí está la firma de nuestro presidente municipal y ayuntamiento —que es lo mismo— avalando la construcción de un paso a desnivel junto a otro, para facilitar la entrada al centro comercial Liverpool.

Nuestros impuestos erigen bardas ignominiosas al centro de las calles en zonas intensamente pobladas, como la de Ruiz Cortines —eternamente congestionada—, para impedir el paso de los peatones; muros que son un verdadero atentado contra las huellas de la vida comunitaria, que arrodillan la ciudad a los vehículos de motor, protegiendo los intereses de la industria automovilística.

Si viviéramos en un país donde la protección del hombre fuera prioritaria, Celulosa y Derivados seguramente quebraría ante la imposibilidad de pagar tantas demandas de los vecinos de la Bernardo Reyes, Mitras Norte y colonias

aledañas por enfermedades originadas por los gases venenosos, que no solo lesionan el cuerpo humano, sino que sus efectos corrosivos crean picaduras en autos y erosionan aparatos como boilers y lavadoras, que normalmente se encuentran a la intemperie.

Por más que en los informes se nos quiera vender la idea de que el PRIgobierno gobierna para todos, nuestro Estado no es una entidad neutra. Como expresión de una sociedad de clases, es detentador de la clase económicamente poderosa y obedece a sus intereses. Cuando llega a responder a una presión popular, como la erradicación de algunas de las pedreras, elabora todo un jarabe de pico, como si se tratase de una concesión graciosa, cuando es su incuestionable obligación salvaguardar la salud pública.

El farisaico estado capitalista que se presenta como garante neutro del interés general es una fantasía tan manida, cuya legitimidad política ni el manipulador matutino dominical de la televisión regiomontana que tanto lo pondera se cree. El plano regulador de la ciudad y su área metropolitana prohíbe las instalaciones industriales en barrios residenciales; sin embargo, éste solo se aplica en donde viven precisamente el gobernador, funcionarios públicos y empresarios industriales. En Bosques del Valle, San Agustín, El Rosario, Olinalá y demás colonias con vecinos de altos ingresos, no solo están a salvo de la contaminación fabril, sino de la construcción de algún desagradable y apiñador edificio de departamentos que al recordar la vivienda social afearía su entorno.

¿Será que el aire puro que emana de la Sierra Madre es de clase, solo para ser respirado por los residentes de sus colonias aledañas? Por el contrario, para los vecinos de las áreas populares su entorno natural es el ruido infernal y los humos corrosivos de los talleres industriales de la cuadra, como es el caso del

barrio de mamá en la colonia Hidalgo; de Fernando Garza Treviño, en la colonia Moderna; y de tantos regiomontanos indefensos que sobreviven en las colonias proletarias, junto a los doscientos mil obreros que generan la riqueza de la región.

Por oscuras componendas de las autoridades competentes, desvalidos vecinos han de sufrir la compañía indeseable de Fundidora, Hylsa, Celulosa, Asarco, Cementos Mexicanos, Protexa (que no tiene dinero para poner filtros a sus chimeneas genocidas, pero sí para financiar golpes de estado a gobiernos democráticos como el de Salvador Allende) y cinco mil fábricas más, muchas de ellas transnacionales, que en su mayor parte no observan las normas preventivas que se cumplen en sus países de origen.

En un programa de Rocha en que abordaron el tema, decían que la contaminación nos impone un lento suicidio. Los efectos inmediatos, como el ardor a los ojos o las enfermedades de las vías respiratorias, no son evidentes en su etapa inicial, pero las impurezas que asimilamos en los catorce litros de aire plagados de óxidos de nitrógeno, azufre, monóxido de carbono e hidrocarburos que respiramos diariamente, conforme nos van creciendo los años se pueden traducir no solo en enfermedades pulmonares como asma, bronquitis crónica, enfisema y cáncer del pulmón, sino también en afecciones a todos nuestros órganos. En una ciudad como la nuestra, la conjuntivitis, faringitis, alteraciones del sistema nervioso central, lesiones cerebrales son comunes. Lo peor es que nuestras células atrofiadas van a transmitir la información a los nuevos seres que nos relevarán y no sabemos con qué alteraciones genéticas o con qué mutaciones vendrán a nacer.

La crisis ambiental se agudizará irremisiblemente, porque el problema es de precio. Los burgueses regiomontanos y transnacionales, propietarios de las miles de empresas industriales en nuestra área metropolitana, no están dispuestos a gastar una parte de los cientos de miles de millones que ganan anualmente en descontaminar, en limpiar ese alarmante paisaje grisáceo que vemos desde la ventanilla del avión al llegar a Monterrey. No conciben la idea de trasladar sus plantas fabriles fuera de la ciudad, o en aplicar filtros como los que se instalaron en la fábrica Orión, según nos enteramos en la prensa, aditivos que eliminamos de la atmósfera algunos kilos de polvo.

Las causas sociales del deterioro cita-



dino son de naturaleza estructural, por lo que solo la transformación de las estructuras que sostienen el establecimiento aportaría una solución satisfactoria. Por más que el PRIfiriatto pretenda cambiar con cirugías plásticas nuestro paisaje urbano, no hay vía de salida en el marco de este sistema cada día más insalubre.

Con esta juventud conservadora, emboletada en la dinámica de los Valores Bacardí, muriendo lentamente con su canción, mucho no se puede contar. Nos recuerda aquella anécdota patética que sir Julian Huxley cuenta en su libro *La crisis humana*: “Un niño neoyorquino del East Side, a quien su padre había llevado por primera vez al campo, de pronto vio un arcoíris y exclamó: Eh papá, ¿qué están anunciando ahí?”

Para cambiar de cuajo la imagen y el carácter del dueño de nuestras tenencias, que en las actuales patéticas circunstancias ni es buen rollo ni es carita, habremos de empezar por cambiar nosotros mismos. La salvaguarda de nuestro marco físico es una batalla que no podemos soslayar, tendremos que apagar la televisión y alterar la rutina aniquiladora en que está sumida la familia. Romper con los hábitos del enajenante aislamiento es un imperativo para romper con la incomunicación; habrá que empezar a ir más allá del saludo a los vecinos, para pasar a la convocatoria de reuniones de barrio y poder así discutir los problemas comunes, para empezar a resolverlos.

Para que nuestro amado Monterrey deje de hacer nuestras vidas miserables y se vuelva un compañero de vida cumplidor y responsable, tendremos que

vincular nuestras rutinas personales, teñidas de desmovilización, al compromiso de luchar por un destino superior para él y por consecuencia para nosotros. El pastel gigante hecho de polvo rojo que suelta Fundidora, es una muestra reivindicativa de los vecinos de ese sector, pero esas expresiones aisladas tienen que trascender a formas organizativas avanzadas; urge que los barrios se constituyan en entidades sociales con autonomía propia y asamblea general.

Si vamos a dar respuesta a tanta agresión orquestada contra la vida, hay que promover una planificación sistemática con vistas a mejorar nuestro entorno. Sutilmente, empleando las mejores tácticas, hay que incidir en el presunto amorete, que hasta ahora se ha mostrado indiferente a nuestras necesidades urbanísticas, y así lograr transformarlo en una pareja detallista. Un Monterrey bragado, que reorganice nuestra forma de vivir, no desde arriba sino desde abajo, que preste atención a nuestros puntos de vista, para juntos abatir la toxicidad del aire que respiramos, revisar la calidad de los materiales empleados en el repavimentado de las calles, atender la vigilancia del mantenimiento de la limpieza de las banquetas, en general, unidos enfrentar la crítica deshumanización de la ciudad.

Solo con la creación de consejos vecinales ecologistas, de grupos verdes que desafíen el sentido común del capitalismo, la lógica del friega-quedito que segundo a segundo ahoga nuestra existencia, se construirá la gestión de la ciudad libre que posibilite una vida colectiva solidaria. Solo con una conciencia comunitaria que nos impulse espontáneamente a colaborar, a formar parte de un esfuerzo colectivo, se podrán resolver nuestros problemas sociales.

En nuestro querendón Monterrey, que es todos nosotros, está el ser capaces de construir una ciudad segura y armoniosa, que aúne el placer de vivir, al trabajo dignificante. Entre todos construir una ciudad educada, funcional, amable y bella cuya planificación racional de servicios urbanos, en equilibrio con la naturaleza, nos brinde el regalo del tiempo para disfrutarla.

* Este texto apareció en el número 100 conmemorativo del suplemento cultural “Aquí Vamos”, del periódico El Porvenir, el 1 de abril de 1984. Es reproducido en esta edición de La Quincena, para evidenciar que tras más de tres décadas de gobiernos prianistas, la descripción del Monterrey de entonces sigue vigente.

Morelia.- I. Maldita sea la soledad, tomar la pluma, buscar refugios, escondites para guardarla. Inicia el día con la pluma clavada a las yemas, llenarla de tinta antes de salir a la ciudad que espera cruzada de brazos. Las mujeres son bellas, caminan con el extravío propio de la belleza, ajenas y solas porque son bellas. En la peluquería un viejo se afeita; otros dos juegan a las damas; el barbero charla, prepara la navaja y en su mano veo el secreto de la muerte. A ese negocio que anuncia lámparas entran una madre y su hijo. Mientras esperan al dependiente, el pequeño está hechizado por las mil luces, se maravilla, tiende sus dedos hacia un estante. Acaricia el aire del universo de luces, mientras su madre, lejos de la magia, habla con el empleado. La inocencia de esa criatura me hace daño. Me voy sin rumbo; son las diez, las diez que no significa nada en la ciudad.

II
Escalar ascender riesgo de santos de iluminados de imbéciles quizá por eso vivo y me detengo a estudiar a quienes miran esta ciudad como si no existiesen los veo subir en su minuto de fama viajan en él lo conservan tibio en el cuenco de la mano para eternizar su duración y son como dioses allá arriba en la brillantez fatua en el clamor de las monedas en el automóvil de la mezquindad y de pronto me vuelvo un ciego mendigo que suplica criatura nocturna porque todo es oscuro y en este lugar hay que venerar el sol la ruina calcinante los rostros de vidrio el paladar que me hace hermano de los hombres porque sí porque estoy porque la nítida piel de la envidia porque las montañas porque la industria cancerosa y el sol.

III
Los ojos cerrados no es suficiente, todo carcome a pesar de. Como aquella farmacia, aparador de figuras muertas y negaciones, relojes de barro, duraznos de parafina, colores humillantes para una princesa que ha perdido su reino, lechuzas en cuyos párpados habita el sueño sin. O el billar oscuro largo solitario a las doce, refugio de policías y bandidos que se miran y no logran recordar algo que los deshermana, beben juntos una cerveza, el humo de sus cigarrillos se entrecruza, asciende en un abrazo y no dicen nada porque son las doce y tendrá que llegar la noche con su cauda de memoria para. O esa mueblería llena de parejas que se casan para ser felices y compran con la temeridad de quien tuviera en su poder las cartas del futuro y quieren para sí la prueba de que existen porque poseen y jamás llegarán a la meta monstruosa de tenerlo todo como sueñan cada vez que el aroma de los nuevos les acaricia la. O aquel banco que iluminan los rostros perfectos de las cajeras, mientras un hombre elegante, en su escritorio, cuenta dinero ajeno y las filas penumbrosas de jubilados planean sus últimos.

IV
La ciudad es una dama hastiada por la tarde. La cortejan el

vendedor, la secretaria, el obrero; ninguno le habla de amor al oído, mas en el gesto de todos vive una suerte de gratitud amorosa sin palabras, porque ellos sí. Es poderoso y fascinante el hervor de la calle, el humo es como el humo de otras tantas ciudades y los que caminan no suelen mirar el cielo. Pero yo, que deambulo para seguir viviendo, veo el milagro de las nubes dolientes entre la velocidad citadina de las cuatro de la tarde: es el rostro de una niña, sus labios venciendo el movimiento pertinaz, su mirada que se pierde en el entramado de otras nubes. Llego al parque, aguardo a que el solitario de la banca de los solitarios se retire y tomo su lugar. Ahora sé que no acudiré a la cita con la mujer borrosa y el café y el coro de sinsentido que rodea las mesas, no iré porque esta banca es reducto, filial del universo de los solitarios que se condenan y se redimen repetidamente y por un instante encarnan la semilla de la fe.

V
Cada vez más solo porque los demás parecen tener soluciones, no necesitan llegar a parte alguna, se conforman con navegar, no van haciendo la crónica ni recuerdan, visten una piel refractaria, un ángel de la guarda, la luna nueva protección de los caminantes. No saben de los días contados, los diálogos muertos, la posibilidad del rencor. Ignoran la nostalgia de mi ciudad perdida porque llevan la otra en los pasos, no pueden ver las cloacas por las que me precipito, las ventanas, la boca de aquel callejón que invita a la muerte. Son ciegos al tesoro de una calle lustral y nauseabunda, al aroma funesto de las fábricas, a la tierra virgen que vive bajo la tierra podrida. Van en sentido contrario, nos cruzamos y siempre callan para esconder la incertidumbre de que alguien tenga la verdad y entonces el mundo se desmorone, pierda sentido y ya no puedan andar, los pies helados, el alma helada, los párpados helados en el centro de una ciudad esqueleto de seda, a punto de bordar su telaraña sobre ellos.

VI
... y sin embargo la soledumbre no es buena porque nos ponemos a hablar con las cosas, frecuentamos sus vacíos. No creas, también hay criaturas en los pozos solos; no brillantes, claro, ni proliferas en su decir, pero te reconocen: "ya llegó usted, muy bienvenido; no tenemos mucho tiempo, así que diga lo que quiera y después podrá beber su cerveza"; entonces Keith Jarrett y un piano que se parece a la ciudad que sigue allá afuera, como un animal que se desplaza 360 grados cada noche, se vuelca sobre sí misma, ebria, furiosa, y cobra sus deudas: ha muerto el amante, la mujer de nadie, el anciano que pedía en una iglesia; mañana tocará el turno del hombre rico, su cortejo surgirá fastuoso, negros autos, negra cara, negra voz, mientras de un andamio vacilante caen al vacío tres hombres que solo tienen el breve momento que les roba la luz. El piano se reduce a un filo, se estrecha, corta en dos mil el aire del cuarto y yo ya no puedo ni siquiera. Ah, si pudiera ir de vacaciones sin llevarme conmigo...

El sol que escurre siempre

MONTERREY es el sol que escurre siempre.
Es fuego si es canícula y te asomas:
hay arrullos que duermen a las llamas
que arden en la cama a medianoche:
abanico, climas, troles y azoteas.

Monterrey es cucaracha voladora,
la ciudad es la flor del limonero.
Es la brasa que pinta la mañana
y el crepúsculo que escurre a cuentagotas.
Monterrey es un río que es una herida:
él cruza la ciudad y cada tanto,
despierta emborrachado de huracanes.
Duerme siempre tras comer algún "progreso".

Monterrey es sólo un cabeceo, rebote,
chicotazo de un grupo sudoroso
que sostiene la cabeza en el cristal
del Ruta Playa.

La ciudad es el porche de la casa
donde crecen mecedoras de colores.
En ellas brotan primos que florecen
Carta Blancas bien heladas por las manos.

Monterrey es un silencio doloroso:
Es casino que es ceniza y es olvido
Es la calle Villagrán desvencijada.
Monterrey es una historia lloricosa
que se calla porque no hay nadie que escuche.

Monterrey es la cuna de mi hijo,
que es montaña y que es viento
que es susurro:
me ha nacido y es rumor de las montañas
ha nacido y ha crecido como eco.

Monterrey es la ráfaga nocturna
es la cámara de eco de los cerros.
Una plática perpetua: clima y jersey
tigres o rayados / prenda el aire.

D. M.

En el desierto liminal

Javier Serna

Monterrey.- Del sistema de ausencias en la geografía del noreste mexicano, varios modos y estados culturales se hacen visibles en tradiciones que alumbran de lejos; y aunque el fuego operó siempre “universalmente”, hay nada o casi nada de luz respecto de aquellos fuegos prehispánicos segados y cegados por espadas y cruces. El territorio de la ausencia como testigo intangible, pictogramas en piedras secas, son el lugar donde las formas han extraviado su contenido, el lugar donde el contenido –inalterable– ha cambiado su forma, además de las figuras que permanecen y encierran su significado en un desierto liminal, que nos coloca a ‘los regios’ entre dos: La Gran Chichimeca (El lugar de las rocas secas, diría Beatriz Braniff) y El Reyno, mito fundacional de Rangel Frías.

La fórmula ideológica: cultura dominante y cultura dominada, no expresa toda la compleja problemática del fenómeno cultural humano de nuestra tradición en estado liminal. Sin embargo, en un contexto latinoamericano, dicha fórmula ideológica de dominante y dominado, es de enorme importancia, porque inhibe o más bien anula las demás expresiones culturales, antes, durante y después de la Colonia. Antes, por la utopía en la imaginación de descubridores y conquistadores; durante, porque dominante y dominado no son simples categorías de la exterioridad, sino también de la interioridad; y después, por llevarnos hasta los confines de este Capitalismo Monopolista de Estado.

La dominación del noreste sólo es posible porque el dominador hegeliano consigue penetrar su ideología dentro del dominado, y lo obliga a aceptar su situación de obediente social que éste alberga dentro de sí –como parte de su



realidad– ante el dominador. Un juego de espejos que refleja este dominio introyectado: ya entre indígenas (ahora ausentes) salvajes-caníbales-bárbaros, ya por la oligarquía industrial y financiera del otrora Grupo Monterrey, igualmente ahora ausentes “salvajes-caníbales-bárbaros”. Tribu de los paraísos del Estado protector de Salinas: licitaciones, concesiones, subrogaciones. El conservadurismo neoliberal.

¿Cómo se interiorizó esta condición de dominador y de obediente social? ¿En qué condiciones se produjeron el rompimiento y la crisis para esta liminalidad cultural perenne? ¿Qué tipo de performance político pudieran ejercer los dominados? El trauma del obediente social y su narrativa por construir aún están suspendidos en dicho estado liminal. El suceso trágico-social opera sobre el desierto norestense como ausencia: manera de vivir; naciones y tierras que

*No es Monterrey rosal de invernadero
que exige tierra fértil y el cuidado
de un experto devoto jardinero;
no es la orquídea parásita que inmola,
de tronco ajeno, el sumo delicado,
y con gloria del matiz robado
fabrica el esplendor de su corola.*
García Naranjo

habitaron; lenguas y creencias; ritos, costumbres y habilidad guerrera. Igualmente el drama social que don Luis de Carvajal perpetró durante el fenómeno de pacificación y colonización, lo tuvieron obligatoriamente que consumir las tres fundaciones en el lugar de rocas secas, los otros “fundadores”. El teatro de “performatividad”, en el caso de Los Carvajal, del proceso inquisitorial, encubrió más que revelar la dimensión real del trauma, aún pendiente de incorporar a la legislación mexicana, por los crímenes del genocidio indígena. La ciudad espectral se súper impuso culturalmente como una barrera étnica, que ocultó la otra ciudad cultural, la indígena. Es por esto que la ciudad metropolitana de Monterrey se siente aculturada, más que transculturada.

La performance de celebrar 423 años de “fundación”, en lugar de heterogeneidad cultural, pretende homogeneizar una cultura. Parecería que el conflicto real para el imaginario colectivo fuera el debate entre la obediencia social de los antiguos pobladores del desierto, confinados a una doble forma de ausencia a manos de los dominadores y el verdadero crimen cultural: las muertes biológica y social. La población indígena existe en plano minimal, nace al margen ya en nulidad e inexistencia. Este fenómeno permite entender hasta qué punto esta división nos recorre a las personas, las instituciones, la religión.

La liminalidad es otra forma de dominación, e impide que los grupos dominados posibiliten la producción de una cultura autónoma, capaz de expresar su propia identidad y completarse en el proceso de reintegración del pasado cultural prehispánico, para dejar de habitar... en el desierto liminal.

No tengo el orgullo de ser del norte

Hugo Esteve Díaz

Monterrey.- Hace ya 27 años que llegué a Monterrey. El inicio de una vida agobiante en el entonces Distrito Federal y nuevas oportunidades se conjugaron para tomar la decisión de cambiar de residencia. Llegué a la Sultana del Norte en un momento en el que aún se respiraban aires provincianos que contrastaban notablemente con la formación acelerada de una nueva megalópolis, aunque los huertos de naranjales, las espigas de sus maizales y sus valles de mezquitas ya no se divisaban en el panorama.

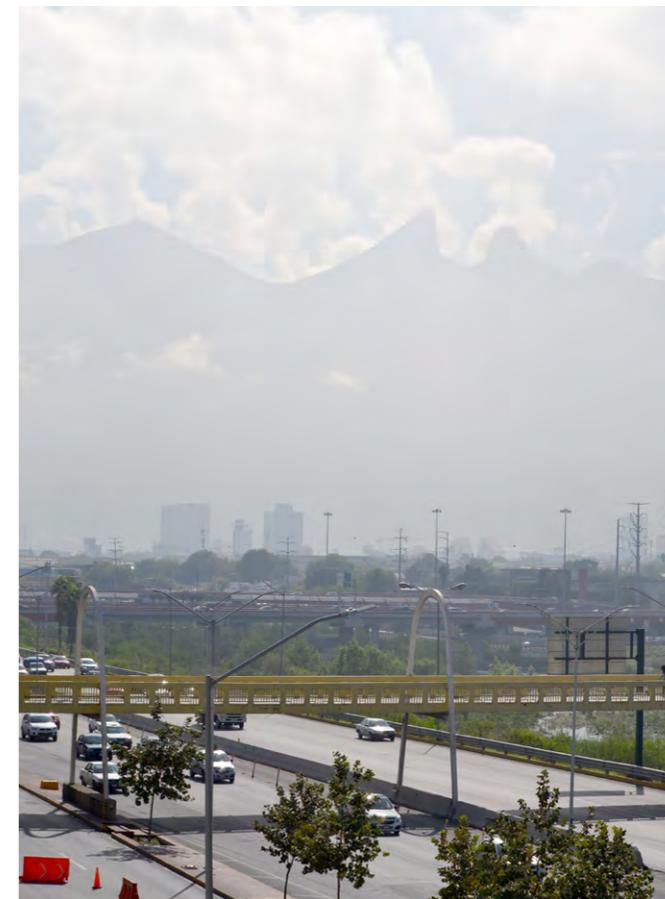
Si bien la ciudad no me era del todo desconocida, de inmediato percibí la diferencia entre ser un visitante y el convertirse en residente. Una diferencia que, para ser honesto, no pienso que sea distinta a la que se podría experimentar en cualquier otra ciudad.

Muy pronto aprendí que, más allá de la negra leyenda de un supuesto antichilanguismo, al regiomontano le repateaba cualquier similitud o comparación con la capital del país, aunque el paso acelerado del tiempo inevitablemente iría marcando más similitudes que diferencias con la ahora ciudad de México. Además de que el regio, regio, regio (con las tres erres), poco a poco se ha ido diluyendo, de modo que las nuevas generaciones de regiomontanos provienen de familias allegadas de diversas partes del país, o raza que se vino a estudiar o jalar por un tiempo y a final de cuentas se quedó.

Monterrey es de aquellas ciudades que concentra más del ochenta por ciento de la población del estado y en las que contrasta la modernidad de sus estructuras económico-sociales con zonas que aún perviven en la marginación. Bien se puede comparar el municipio de San Pedro Garza García, con el índice más alto de desarrollo humano –comparable, por ejemplo, con Noruega– además de registrar el ingreso *per cápita* más alto del país; mientras que Aramberri –al sur del estado– registra uno de los índices más bajos a nivel nacional, comparable apenas con el de Jamaica.

En ese, y en muchos sentidos, Monterrey es un lugar de contrastes. Para mayor prueba de lo anterior tenemos su clima: extremo y caprichoso. Capaz de registrar frío, calor, lluvia y viento en una sola semana. Es por ello que se dice con un dejo de sorna, que Monterrey tiene el mejor de los climas porque complace a todos los gustos.

En mucho ha cambiado Monterrey desde que llegué a vivir con mi familia a esta ciudad por allá del año de 1992. Una ciudad en la que entonces se podía llegar a cualquier punto máximo en quince minutos, salvo que uno circulara por Gonzalitos o por la carretera Miguel Alemán. Para hoy en día la vialidad de este suelo tan bendecido y de todos tan querido se ha tornado intransitable, con las consecuencias que esto mismo



contrae, no sólo desde la saturación del tránsito, el desorden del transporte público y el incremento en los niveles de contaminación, al grado que desde el Cerro de la Silla ya no se divisa el panorama.

Lo que no logró el Gilberto en 1988, lo consiguió años después el Álex: modificar el ritmo y el sentido no sólo de la vialidad, sino incluso de nuestras vidas. Porque después del 2010 nada volvió a ser igual; ya fuera por la terquedad de forzar la vialidad de las principales arterias –como Constitución y Morones Prieto– en un solo sentido; pero también porque vendría a sacar a flote el desorden provocado por la voracidad inmobiliaria, cuya vorágine se fue extendiendo a través de esta tierra linda y sultana.

Aún así, la peor calamidad que ha sufrido Monterrey (no muy distinta a la del resto del país) ha sido el surgimiento de la inseguridad y la violencia, alcanzando niveles tan inusitados como preocupantes, cuyas consecuencias aún se siguen sintiendo hasta el día de hoy y que pareciera no dar tregua. Atrás quedaron los años cuando nos podíamos dar el lujo de dejar la puerta abierta de las casas, sentarse con fresco de la noche y convivir sin sobresaltos con los vecinos. Sería la violencia, pero también la corrupción y la impunidad, la que hacia finales de la primera década del presente siglo sumergirían a nuestra ciudad reinera en uno de los escenarios más catastróficos, cuyas víctimas y desaparecidos aún siguen clamando justicia.

A pesar de todo, lo cierto es que a 27 años de distancia uno no puede más que contagiarse con el orgullo del ser del norte. Al paso del tiempo uno se queda arraigado a sus formas, a sus costumbres y a su gente. Y en el menor de los descuidos, uno ya tiene nueras, yernos, nietos, nietas, compadres y comadres –raza, a fin de cuentas– en esta tierra de ensueño que se llama Nuevo León.

No me quedé a cuidar chivas

Ismael Vidales Delgado



Monterrey.- Luis Lauro Garza, como “La Esfinge” a Edipo, nos plantea un enigma, que los viajeros de la palabra debemos resolver; aunque él no amenaza con devorar a quien no lo resuelva, a mí sí me puso contra la pared: me pide que escriba “Por qué adoro y por qué detesto a Monterrey”; las reglas son claras: “entre una y dos cuartillas entregables antes del 9 de septiembre”. La extensión y el tiempo no me causan problema, escribo compulsivamente, pero no puedo adorar y detestar, no adolezco de trastorno bipolar. No puedo amar y odiar a la misma persona, ciudad o ente, yo sólo amo y mucho.

Cuando el hambre y la miseria fueron una constante en mis padres, habitantes de Pinos, Zacatecas, no les quedé alternativa más que la de emigrar al Norte “en busca de la vida”. El punto de encuentro con otros familiares fue en el mineral de “Golondrinas, o Piedra Imán”, ubicado en la sierra de Lampazos y explotado por la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, empresa que nos dio cobijo, casa, alimento y sueños, hasta que un día las “vetas se secaron por culpa de unas muchachas que osaron profanar los socavones y salaron las minas”, decía la gente mien-

tras recogía la correspondiente indemnización. Nos instalamos en Villaldama, hasta concluir la educación primaria y la secundaria; guardo de esta etapa toda mi gratitud para mis amigos y para las personas que nos dieron comida, ropa y respeto.

De nuevo la pobreza y los sueños, impulsaron los anhelos de mis padres para que no me quedara cuidando chivas y fuera conociendo lo que hay más allá de vivir amontonado y con la panza pegada al espinazo, la boca abierta, los pies resecos y el cuerpo entero cercano al tufo cadavérico, viendo anochecer y amanecer sin más proyecto que sobrevivir a la viruela, el tífus o la tisis.

Monterrey, con su sol alfonsino me acompañó el 18 de abril de 1960 a sepultar a mi madre, cuando apenas frisaba los treinta y cinco años y el cáncer se la llevó. También hizo lo propio en 1971, cuando se fue mi abuela paterna; en 1991, cuando terminó mi padre; y en 1995, cuando la voluntad de mi hermano Raúl se cumplió depositando sus cenizas en la tumba familiar. Porque si bien mis raíces no están en Monterrey, sí está mi sangre y un lote en el Panteón de Dolores, esperando paciente que me muera, así que tengo motivos más que suficientes para decir ¡Amo a Monterrey y no

tengo motivo alguno para detestarlo!

Mi madre alistó una red de ixtle y en ella metió una pierna de puerco y dos mudas de ropa; me dio su bendición y me mandó a Monterrey a estudiar en la Normal. Era mi primer viaje fuera de la cabecera municipal, en donde a decir de mi benefactor Timoteo L. Hernández, había una letrero que decía: “Se vende Sabinas, informes en Santa Fe” (la hacienda que lo vio nacer); no supe dónde era la estación y me bajé de “La Marraña” en el Campo Militar; y a pie, con el sol cayendo a plomo al medio día, seguí por los rieles hasta llegar a la estación. Preguntando encontré la calle de Carlos Salazar y llegué al 1721 Poniente. Allí vivía doña Elena, mi hermano Flavio y demás inquilinos; a ella debía entregarle la pierna de puerco y solicitar albergue.

En la Normal, mi gran amigo Manuel Araujo (+) y yo comprábamos una camisa y echábamos un volado para ver quién la estrenaba. Los domingos, en “El Nacional”, vendíamos tunas que le llegaban de San Luis. Mis maestros: Rebequita, Mario N. Flores, Manuel González, Reynaldo Cortés, Pedro R. Nava, Juan Guzmán, Atenedoro Colunga, Juan F. Escamilla... Mis primeros ochenta pesos, mucho cine: Terraza Bahía, América, Lírico, Reforma, Encanto, Rodríguez, Florida... La titulación, un montón de nervios, porque mi examen se había pospuesto debido a la muerte en la propia escuela del insigne Manuel González.

Jaime Romeroll, gran amigo y excelente maestro, me prestó su grupo de la escuela Beatriz Velasco de Alemán, el baile en los salones Del Prado, calzada Madero al Oriente.

Titulado, sin trabajo y sin trazas de conseguirlo. Jesús Iruegas y Arturo Ábrego, los llevo en mi corazón: uno me regaló mis primeros “pantalones de vestir”; el otro me consiguió trabajo –encarrando al director de Educación, Buena Ventura Tijerina– en la escuela Club de Leones No. 7, de la colonia Estrella, un enorme prostíbulo y vecindario, donde hice grandes amigos. Ahí me hice novio de Irma, hoy mi esposa; con ella forjé mi proyecto de vida: tres hijos y seis nietos: ¡No está mal! Ahí, fui seleccionado por el ITESM para convertirme en el primer maestro por televisión en México. Conocí a Etelvina Torres Arceo, casi mi madre. Me inscribí en la Normal Superior, al tiempo que trabajaba en el Colegio Club de Leones No. 1, del padre José de Jesús Cortés, creador del Coro de los “Niños Cantores de Monterrey”, que dirigiera Silvino Jaramillo y el maestro



Ledezma.

Siempre he sido bendecido, Dios me envió sus dones valiéndose de la sombra benefactora de grandes personas: Ciro R. Cantú me hizo maestro de Didáctica del Taller en la Normal Superior, cuando aún era alumno; Timoteo L. Hernández me hizo subdirector de los Cursos Intensivos de la Normal Superior, y me recomendó con don Francisco Trillas, para publicar mi primer libro: “Prácticas de Orientación Vocacional” (hoy acumulo algo más de 200 obras publicadas a nivel local y nacional); Serafín García me confirmó en el cargo y me obsequió con su amistad y consejos sabios; Jesús Ángel Martínez me formó en el periodismo y me abrió las páginas de *El Porvenir*; Óscar González Valle apadrinó mi boda y me llevó como maestro de la Normal “Ingeniero Miguel F. Martínez”; y Jesús García me dio la responsabilidad de los festejos del Centenario (1970) de esta Benemérita institución; yo le obsequié su escudo actual.

Jorge Pedraza me convirtió en jefe de Radio Universidad, y conseguimos la licencia para operar XEQI, hoy Radio Nuevo León; Luis E. Todd me hizo director de Educación Media; Alfonso Rangel Guerra me confirmó en el cargo y más tarde me ocupó como subsecre-

tario de Desarrollo Académico; Miguel Limón Rojas me hizo director de la Unidad 191 de la UPN en Monterrey; Ernesto Zedillo Ponce de León me convirtió en su asesor y su representante en la UNESCO; Gilberto Guevara Niebla me hizo director General de Educación Normal y Actualización del Magisterio; Benjamín González Roaro y José Ángel Pescador, me confirmaron en el cargo. Don Pablo Latapí Sarre me dio la oportunidad de beber de su sabiduría y ser su amigo.

Mis tres hijos me han dado seis nietos, quienes han llenado de vida mi casa, de trabajo a su abuela y de nuevos colores la vida de los dos.

Los ingratos piensan que todo lo que tienen es porque se lo merecen; yo estoy convencido que todo lo que tengo y lo que soy se lo debo a quienes me han obsequiado su amistad; sin ellos yo no sería nada. Mis padres me inculcaron que la diferencia entre cuidar chivas y tener un proyecto de vida, es la escuela, y tenían razón. Por todo esto y mucho más, adoro Monterrey y no tengo motivo para detestarlo.

Si no fuera por Monterrey, tal vez andaría cuidando chivas en la sierra de Lampazos.

Por qué amo Monterrey

Sergio Elías Gutiérrez

Monterrey.- Otra vez caigo en la provocación de *La Quincena* y me pongo a pensar en una cosa de la que nunca antes lo había hecho. De entrada, me llegó una cierta nostalgia por lo que ya no es, y quizá nunca haya sido, más que en mi cabeza; el lugar ideal para vivir. No me acordaba lo que era ir a la escuela, la gloriosa Fernández de Lizardi, solo y caminando desde mi casa, casi 800 metros, eso desde la tierna edad de 6 años.

La escuela es de las que se construyeron en la época de Vasconcelos, que se llamaron escuelas monumentales. Ahí aprendí, pagando 2 pesos por año, para la sociedad de padres de familia, que mantenían la escuela a como les diera a entender.

Monterrey era la algo así como el sueño mexicano de entonces, la ciudad albergaba a los que se desplazaban de los pueblos. Mi padre salió de El Carmen y después de muchos empleos precarios y con apenas una primaria incompleta, se instaló como comerciante en pequeño, que, apoyado por mi mamá –que cursó la carrera comercial–, entre ambos educaron hasta la universidad a cinco hijos. Dos con estudios en París. Eso por desgracia es cosa del pasado. Ahora la movilidad social se ha estancado; se dice que hay mucho más desarrollo, pero las contradicciones sociales son mucho más notorias y lamentablemente triste.

Vivíamos, salvo pocas familias, de espaldas al país. Pocos conocían la ciudad de México y el mayor lujo era ir a Tampico de vacaciones, y algunos a Texas, sin necesidad de visa, a comprar ropa más barata y duradera.

Éramos pocos y dormíamos con la puerta abierta, las mecedoras en la banqueta y nos conocíamos todos los vecinos, hasta de cuadras alrededor.

En escuelas públicas y gratuitas nos formamos todos los hermanos; había lo que ahora se llama espacios públicos y el deporte y la diversión era gratuita y al alcance de muchos.

Por eso quiero a Monterrey, porque me permitió llegar a ser lo que soy ahora. Viví muchos años fuera de la ciudad y al regreso la encontré cambiada. No por eso dejé de quererla, pero la juzgo con otros ojos.

Por qué no me gusta tanto (pero no la detesto)

Los cambios que vi a mi regreso no fueron todos de mi agrado. La ciudad se movió del centro a la periferia. Los primeros que se salieron del primer cuadro, que era casi toda la ciudad hace 60 años, se movieron a casas de mejor diseño y construcción, pero los vecinos dejaron de serlo, ahora eran más reservados y distantes en su trato.

Los suburbios se convirtieron en un gran negocio. Los ricos se apoderaron de manera legal o ilegal de amplias extensiones de terrenos y la especulación inmobiliaria se convirtió en una



actividad lucrativa. Así muchos mejoraron su nivel de vida, pero al mismo tiempo, otros más apenas cupieron como invasores en zonas de propiedad pública, ahora inexistentes, por cierto, con servicios precarios y mala calidad de vida.

Con la dispersión urbana, vino la baja en la calidad educativa. Las escuelas públicas se fueron abandonando paulatinamente, su infraestructura está muy lejos de ser lo mejor.

Muchos de los egresados de universidades públicas y privadas que tuvieron éxito profesional, buscaron la salida a los nuevos ghettos urbanos. Eso acentuó la separación de la sociedad en clases sociales. Ahora estas se dividen, como se dice con sorna, dependiendo del código postal.

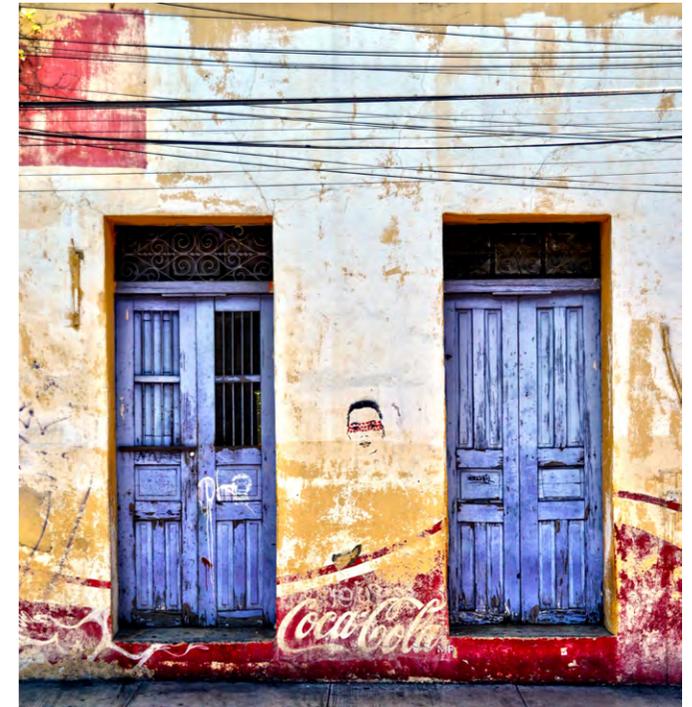
Lo más lamentable, es que con todo y la gran actividad económica de la ciudad, la pobreza y la desigualdad siguen creciendo. Los trabajadores sufren de bajos salarios y precariedad laboral. Eso limita la llegada de los hijos de obreros y pequeños comerciantes a las universidades públicas, que siguen en rezago en su cobertura, no obstante las reformas legales que hacen obligatoria la educación media superior y la superior.

Quizá en eso está el germen de la violencia y la inseguridad que azotan a la ciudad. Ella está sitiada en muchos sentidos. Asediada por el temor y la tristeza. Añoro el regreso de la ciudad que brindaba mayores oportunidades, como las que muchos de mi generación tuvimos, sin necesidad de ser de las clases favorecidas por la cuna. En síntesis, se podía salir adelante, sin haber nacido en tercera base y con un toquecito anotar una carrera.

La pobreza lacerante de muchos, me impide en cierta medida disfrutar lo que he conseguido gracias a haber nacido en la ciudad más hermosa del mundo, al menos para mí.

Las otras puertas del infierno

Gerson Gómez



Monterrey.- Dinero. Mucho dinero. Como para construir la nueva torre de babel sin necesidad de permisos municipales.

Vamos a llegar hasta el cielo. Desgarrar las entrañas de Dios padre con una retroexcavadora. Partirle la madre. Hacerle sentir pequeño. Enfermo de toda inmundicia humana. Para eso nos hemos vuelto expertos.

En Monterrey hay dinero. Mucho dinero. También avaricia y gula.

¿Sacas cómo? ¿Sabes cómo? ¿Hace falta explicaciones?

Somos la generación inextinguible. Arde en llamas la tarde, la noche. Nos vaporizamos en la soberbia de los centros comerciales.

En hilera crecen los edificios. Las montañas se vienen abajo. Las cañadas son monótonas y llenas de tedio. La sombra negra de los pensamientos de los *entrepreneurs*.

La curiosidad intelectual de los *influencers*. Todo nace y muere en la nube virtual. Viva la república del norte. Mueran los centralistas acaparadores de recursos financieros. Pena capital para los sureños huevones. En México no podemos mantener a los holgazanes.

El pastel metropolitano ya hizo su selección natural. Los chirigüiyos eviten circular por nuestros barrios residenciales. Para ellos solo la Alameda y los lugares prostibularios del centro, en la zona de la Central de Autobuses.

Coman, duerman, cojan, multiplíquense, huyan, trabajen, surtan de sangre las páginas de nuestros periódicos. Trabajo para el crimen organizado les dará el sustento.

Aplacen la hora del martirio mientras echan la cimbra. Curtan la piel con la rabia del sol. Paleen los castillos de arena. Sostengan la sogá sobre sus cuellos. Enloquezcan los sábados por la tarde, mientras los basculen o roben la fuerza civil o la policía regia.

En el Factores Mutuos transpiren las danzas originarias de la región huasteca. Hoteles de paso hinchan sus estómagos y vientres. A eso han venido a la ciudad. A poner en alto los apellidos familiares. A vecinarse en los guetos ciudadanos.

Mientras la mierda de los perros se acumula en las plazas, cuando sus dueños los sacan a pasear en las jardineras de la Purísima, la plaza de la Luz, del Chorro, de los enamorados, de Venustiano Carranza y del barrio mediterráneo.

Vapeamos el *wax* de nuestros cigarros electrónicos. Soñando en uno de esos inalcanzables departamentos en construcción. El rayo láser pasea por la Sierra Madre.

En la urbe hay mucho dinero. Para ir al cielo y desafiar a San Pedro con todos los arcángeles.

Flujo de efectivo del narcoinversionista por blanquear. Agua de uso corriente para el Santa Lucía. De nuestra señora soberbia, decrepita, altanera, mamona y metropolitana de Monterrey.

Todo lo que necesitas es amor... y una Master Card

Roberto Guillén



Monterrey.- Hurgando en mi involuntaria colección de libretitas reporteriles, suelo encontrarme con algunas joyas de mi errabunda fraseología. Cuántas veces he tratado de organizar una antología y darles por título “100 tweets para matar el Tedio”; pero me persigue una misteriosa y amarga maldición: he perdido como unas 10 laptops a lo largo de mi vida. Tan es así, que no descarto en escribir una obra que lleve por título “Lacrimosa Historia de mis Laptops”. Las he llorado por las calles y madrugadas de la City. Me acostumbré a llorar la pérdida de mis textos (aaahhh, la Magdalena... me persigue esa sensiblería de la Magdalena).

Afortunadamente, “Cuando la muerte salió de *shopping* en Monterrey” es una obra que logró sobrevivir a la misteriosa y amarga maldición; y que la Editorial Oficio me publica en fecha próxima. Bien podría sintetizar mi desprecio en una sola frase: en Monterrey, si no tienes cara de lunes, estás perdido. Pero le doy vuelta a la página de la libretita reporteril y me asalta la contradicción que soy: cualquier ciudad es Bella, siempre y cuando traigas Dinero en la bolsa. Muy similar a la expresión que William Shakespeare pone en boca de uno de sus personajes que ya no recuerdo: “Basta que metas Dinero en tus bolsillos”.

Confieso que he sido más feliz ahora que me he armado de un plástico-parachute. Porque una carnet es como una varita mágica para llegar al restaurant y musitar: ahora sí me la pelan. Pero la sensación aflora naturalita cuando no respondes a horarios ni etiquetas. Cuando flotas sobre tu propio talento. Cuando el rehilete de la vida vibra sin ataduras. Cuando te persigue el arcoíris cromático de un Renoir: *je suis pret... to celebrate*.

Qué delicia levantarte a la hora que te da la gana y aparecerte un viernes en el precioso Palax de Guadalupe, para ordenar tus chilaquiles con pollo en salsa roja, con crema, con sus rebanaditas de pan, y sus respectivos chiles toreados... Aaahhh, cuánta razón tiene mi compadre Oscar Wilde, cuando en su obra, *El Alma Humana bajo el Socialismo*, nos gira la cruda verdad de que la civilización precisa de sus esclavos...

Aaaahhhhh, flirtea, la mona que me atiende, flirtea espasmódicamente, y la otra que está allá también, y la mamita comensal de al lado también. Está loliteza la mona, y su casquivana sensualidad me lo dice perentoriamente: apúntale pendejo: todo lo que necesitas es Amor... y una Master Card. Lo que me conduce una vez más a incrementar las joyas de mi libretita reporteril: “El Dinero se ha convertido en la biblia de nuestros deseos...”

Monterrey, entre el gusto y la aversión

Héctor Jaime Treviño Villarreal

Monterrey.- En mi relación con la ciudad de Monterrey valoro con creces las hermosas montañas que rodean al Valle de Extremadura; el siempre fiel y gallardo guardián Cerro de la Silla, Las Mitras, la Sierra Madre, el Cerro del Caído, hoy llamado del Mirador, la Loma Larga y el Cerro del Topo.

Las montañas de Monterrey impresionan a los visitantes y son un verdadero orgullo para los regiomontanos; cómo no recordar las palabras de Manuel Payno, novelista y político mexicano del siglo XIX, cuando escribió en 1844: “He visto multitud de cerros y montañas, pero nunca había contemplado otro tan lleno de belleza como el Cerro de la Silla de Monterrey, parece el protector de la ciudad y el confidente de los astros”.

Recordar al titán dormido, el río de Santa Catarina, cuyas sequedad y abundancia de caudal ha dejado huella indeleble en el devenir histórico de nuestra ciudad; el arroyo de Santa Lucía, eje fluvial donde giró el asiento primigenio de la población: sus ojos de agua; y por qué no, añorar las viejas acequias y norias.

Monterrey se forjó, poco a poco un nombre en el concierto nacional. La cultura del trabajo, la constancia en el esfuerzo y la previsión ante la amenaza de tiempos difíciles, fueron las principales características imbuidas por la élite empresarial y son de admirarse. Hoy somos más gastones y vivimos más el momento, sin preocuparnos mucho por el futuro.

Es necesario cantarle a sus fábricas, elevar loas a la disciplina, constancia, visión y trabajo de todos aquellos hombres y mujeres que, de una u otra manera, desde el encumbrado industrial, al esforzado trabajador, contribuyeron a engrandecer al regiomonte y a magnificar el esfuerzo, tesón e inteligencia de aquellos que desde la cotidianeidad lo siguen haciendo.

El despliegue demográfico de los últimos cincuenta años nos asfixia con el

aumento considerable de automóviles y el caos vial; el crecimiento urbano desmedido, sin planeación ni rumbo, donde predomina el apetito económico voraz de los desarrolladores y constructores, aunados a los atilas de la destrucción de toda reminiscencia arquitectónica del pasado.

Me gusta el carácter franco, abierto, dicharachero y apasionado de su gente, su anfitrión llevada al exceso cuando nos visitan personajes, amigos o compañeros; el orgullo de ser comedores de carne asada, chicharrones, cabrito, barbacoa y demás delicias culinarias nor-teñas; la pasión por el clásico regiomontano, pero tengo aversión a los fanáticos extremos del deporte y a los terroristas verbales devenidos en locutores o comunicadores.

Me siento orgulloso de la gran oferta cultural existente, de sus museos, de sus poetas, escritores y gente del arte, del Canal de Santa Lucía y la bien lograda reconversión de la escoria de la vieja Maestranza a Parque Fundidora, con todos sus aseguenos matraqueros musicales.

Detesto la acumulación de basura y el abandono del viejo Monterrey comprendido en el primer cuadro de la ciudad, la doble moral de algunos de sus moradores, la discriminación a los nuevos regiomontanos; pero admiro su adaptación a las normas no escritas y a la sentencia oral para el recién llegado: “Aquí se viene a trabajar...”, veredicto fulminante y lapidario.

Hoy, Monterrey es otro, tiene otra cara, tiene otro destino, en pleno siglo XXI es preciso revalorar su estructura y funcionamiento. Los servidores gubernamentales deben llevar la batuta con visión, altura de miras y compromiso responsable; basta ya de corrupción e incuria oficial.

Transparencia en los recursos, obras y acciones; honestidad a toda prueba, combate continuo a las corruptelas,

diligencia en los trámites burocráticos, recreación de los valores, costumbres y tradiciones, impulso a la cultura, combate al caos vehicular; en fin, la frase de moda: la mejora continua.

Cada aniversario de la fundación es un buen punto de partida para hacer una reflexión sobre el Monterrey pasado y actual, pensar y repensar la ciudad, meditar sus tradiciones y costumbres, éxitos y fracasos, sobre su gente que es gente buena y abierta; meditar cómo se han vencido mil obstáculos en esta ciudad de los extremos: frío-calor, sequía-inundaciones.

Los avatares políticos y económicos del país en general y del estado en particular, dan al traste con la ilusión y la esperanza. La crisis económica, la inseguridad y el agravio sentido por el pueblo son factores que influyen para bajar la guardia. No me agrada la falta de cultura política de mucha gente, dejamos hacer, dejamos pasar.

En el Monterrey actual parece que estorban los políticos. Ruda lección aprendida sobre la marcha. Podemos seguir hablando y escribiendo sobre lo que pudo haber sido y no fue; sin embargo, el tiempo es de la ciudad, de nuestra ciudad, con todo su movimiento, con su canción épica del trabajo diario y la poesía de sus montañas, con la métrica y rima de su gente, nuestra gente.

Es tiempo de pasar a la ciudad adulta, superar la urbe de la que José Alvarado, en 1956 escribió: “Bella y amada ciudad adolescente, cuya imagen futura, elegante y quizá hermosa está en las mejores mentes regiomontanas y hasta en algunas de las peores”. Nuestro sentimiento, pasión, emoción y pensamiento están con la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, a pesar de lo que pudo haber sido y no fue, a cuyos responsables los juzgará el pueblo y la historia.

Percepciones a botepronto sobre Monterrey

César Morado



Monterrey.- *Me gusta:* 1.- El perfil multicultural que empieza a manifestarse en la capital. Cada vez menos rancho y más ciudad, no exenta de rasgos provincianos, pero ahí vamos.

2.- El trabajo de ayuda social que realizan las iglesias, sin reflectores, ni protagonismos, a contrapelo de las jerarquías dirigentes.

3.- La proliferación de grandes universidades que se ha convertido en el gran capital cultural de Monterrey; hasta las que son patito, que algo dejarán a los jóvenes.

3.- Los espacios de expresión que han abierto las minorías religiosas, sexuales, étnicas, etcétera. A contrapelo de una modernidad homogeneizadora y envolvente.

4.- La cercanía con Estados Unidos, que nos permite gozar desde la frontera, lo poquito bueno que este país nos ofrece: jazz, bibliotecas, archivos, gasolina barata y últimamente seguridad para viajar por carretera.

5.-La Biblioteca Magna y su Base Digital, no la tiene ni la UNAM. Lamentablemente más consultada desde el extranjero que desde Monterrey.

6.-La riqueza documental de los archivos locales, y en especial la Fototeca Nuevo León, que es un tesoro no dimensionado por los regiomontanos.

7.- El fútbol llanero, auténtica escuela de la vida para muchos jóvenes, que sin ser estrellas, lo son de su barrio, de su colegio; y eso basta.

No me gusta:

1.- La corrupción rampante en el gobierno municipal de Monterrey, y desde luego en el estatal. Parece ser un concurso de trapacerías sin que existan opciones para dónde hacerse.

2.- Los usos de la historia para llevar descaradamente agua a su molino. Como el último mito de que los municipios de Nuevo León al fundarse formaban la estrella de David, para argumentar en favor de la herencia judía en el noreste de México.

3.- El mito de que Monterrey se hizo a sí misma, producto de un destino manifiesto, y no producto de circunstancias sociales e históricas específicas que cada vez se han venido explicando mejor.

4.- La telebasura. Que retroalimenta la ignorancia y pobreza espiritual de la gente. Y en especial los programas de brujos y hechiceros, que salvan vidas con la complacencia de los dueños de televisoras.

5.- El monopolio de taxis del aeropuerto, que asalta con sus precios a propios y extraños, sin que nadie proteste.

6.- El desprecio por el patrimonio histórico en todas sus manifestaciones, en aras de la ganancia inmediata y sin conciencia de su potencial.

7.- El estado deplorable de sus calles y carreteras, que dista mucho de una moderna capital de medio pelo; y los agentes de tránsito que recaudan multas para sus jefes.

Lucian Blaga no soy;

tampoco Darie Novaceanu que lo ha traducido.

En Concepción

compré pan y una botella de vino con Omar Lara

que también lo ha traducido.

No soy Lucian Blaga a quien leo,

un poeta rumano que nada tiene que ver conmigo;

no conozco su idioma,

nunca he estado en Bucarest.

Pero cómo incomoda saber que no soy Lucian Blaga

—a quien leo, siendo quien soy—

esta tarde en Monterrey.

José Javier Villarreal

(De *Hidalgo*, 81. Inédito.)

Ciudad de sentimientos encontrados

Ricardo Marcos González



Monterrey.- Cuando *La Quincena* me invitó a participar en este número especial bajo la consigna de “Por qué adoro y por qué detesto a Monterrey”, pensé que tenía una oportunidad de remover y sacar cosas guardadas, de esas que nos frustran, de esas que nos desencantan, de esas que las montañas nos hacen olvidar. Esto último me es difícil de explicar, pues me considero generalmente un inconformista. El tener la oportunidad de conocer y vivir en otras ciudades en el pasado, me lleva a pensar que podemos exigir más, aunque esto igualmente podría aplicarse al país.

No podemos negar que vivimos en una ciudad fascinante; de espejos virtuales y montañas tangibles. Difícil definir al regiomontano de hoy; muchos de los distintivos clásicos han desaparecido, se han quedado en mito. Monterrey es una ciudad grande, que crece sin ton ni son. 4 millones 600 mil habitantes. Esto podría ser de entrada algo indeseable; más parque vehicular, más ruido, más caos, más inseguridad. Sin embargo, hay estudios que indican que poco a poco los países pierden relevancia frente a las ciudades.

Para el 2050, el 70 por ciento de la población mundial se concentrará en ciudades, algo que para muchos urbanistas y ecologistas es deseable; dejar que las ciudades crezcan (hacia arriba) y que la naturaleza quede en paz.

Para ponernos en el lugar que nos corresponde tendríamos que desmitificar ciertas ideas culturales que tenemos sobre nosotros mismos; los regiomontanos, de nacimiento o adopción. Hace poco me compartieron un documento muy interesante que colocaba en el lugar 230 a Monterrey como ciudad innovadora. ¿Pero cómo es posible, si somos tan fregones?, exclamarán algunos. ¿En qué sentido?, responderemos otros. No solo eso, estamos en el lugar 113 de calidad de vida, de acuerdo al *Mercer Quality of Living 2019*. Y esto no se queda aquí; nos consideramos una ciudad universitaria también. No estamos ni en las primeras 50 ciudades del *QS Ranking*. Lo primero que odio de nuestra ciudad es que repetimos sempiternamente nuestros mitos; ciudad moderna e innovadora, ciudad de la educación. Desconozco si existe un *ranking* de ciudades factoreras, pero me temo que ahí sí estaríamos en buen lu-

gar, de acuerdo a estudios del SAT (hoy curiosamente hay quienes se dan golpes de pecho al respecto, pero en el pasado se sirvieron de esta posibilidad). También podríamos ser la ciudad del juego, o la ciudad que valora el dinero por sobre la sustentabilidad. La ciudad del relumbrón; donde tener billete vale más que conservar nuestra naturaleza, o vivir en armonía y orden.

Algunos regiomontanos se han preocupado por contribuir recursos, altruismo, a otras ciudades, como si Monterrey fuera un lugar de interés residencial, no una ciudad de potencial presente o futuro. Me explico al respecto, y esto me lleva a mi área de experiencia; queda claro que el posicionamiento de una ciudad no solo se da en fortaleza económica o industrial, salud, educación o bienestar social, sino también en cultura y arte. En este último tema vemos pocos casos de proyectos artísticos relevantes soportados por la iniciativa privada; se privilegian los esfuerzos educativos o de beneficencia por sobre los artísticos, cuando una ciudad tendría que crecer uniformemente en diversos rubros. Salvo el Ballet de Monterrey, Marco o la Escuela Superior de Música y Danza (quienes también reciben recursos importantes, estatales o incluso federales) no tenemos compañías estables de teatro u ópera; y la Sinfónica de la UANL, históricamente ha tenido sus altas y sus bajas. No hemos encontrado los mecanismos para que el sector privado fortalezca estos esfuerzos, lo cual es paradójico, pues hay quienes patrocinan organismos artísticos de Estados Unidos. Por supuesto que se puede apelar a la libertad de decisión al respecto de esto, pero ¿qué pasaría si se dedicaran recursos al fortalecimiento de las iniciativas artísticas de Monterrey? Podríamos aspirar a tener la mejor orquesta de México, el mejor festival cultural de México, las mejores compañías de ópera y ballet de México.

Esto se lograría si entendiéramos que la derrama económica en la propia ciudad, recortando un poco los márgenes de contribución que se van a los propios bolsillos, reeditaría en atraktividad hacia afuera, calidad de vida, opciones de trabajo, opciones turísticas, bienestar social. A pesar de la cercanía y trabajo colaborativo entre los organismos culturales, no hemos logrado en algunos casos sinergias que se antojarían indispensables; el ballet de Monterrey, por ejemplo, se presenta usualmente con pistas musicales, no con orquesta sinfónica.

El periodista catalán Vicenc Villa-

toro, ha definido la ciudad ideal como “compacta, continua, bien balanceada, diversa, que crece orgánicamente en un proceso de sedimentación lenta que perdura a través de muchos siglos, de tal forma que los viejos centros históricos jueguen el doble papel de la antigua ágora; como lugares de comercio y cultura, donde las cosas y las ideas son intercambiadas”. Quizás reconozcamos algunos elementos del centro de Monterrey que empatan con esta visión; sin embargo, es innegable que el desdén por el pasado, otra de las actitudes presentes que no me gustan de nuestra ciudad, han desdibujado el elemento continuo y balanceado antes referido.

Hay otro elemento más que me desagrada de Monterrey, quizás es una constante de muchas ciudades mexicanas de hoy: el ruido y la tentación al espectáculo. Hoy en día se ha perdido el derecho al silencio; ese silencio que únicamente podemos experimentar realizando un viaje a Iturbide. Hoy todo es ruido y show; los parajes naturales se tienen que soportar con los razors (extraña forma de disfrutar la naturaleza con vehículos terrestres que van destruyendo el paisaje) y los paisajes urbanos con la música del vecino a todo volumen. En los medios, el ruido reviste toda clase de programas, desde noticieros, hasta programas hablados, deportivos, financieros. Prácticamente todo centra su atención en el ruido. No me gusta el disparate actual de la televisión en donde la gente baila sin ton ni son, donde es víctima del *bullying* de los presentadores, donde son el blanco de burlas, de discriminación racial y económica frente de sus narices. “La cul-



tura del ruido” está hoy más que nunca presente en los medios, quienes tienen el poder de dirigir nuestra vida hacia sus intereses.

Me incomoda el alienamiento de moda que impera en Monterrey; más bien me desagrada. Parecemos no preocuparnos por el prójimo. Estamos aislados a través de la tecnología; parece no importarnos que somos de las ciudades en el país que más consumo de redes tiene. Usar las nuevas tecnologías, por cierto, no es innovación. Una vez más, nos abocamos al consumo, pero no a la creación, no a marcar el pulso del país. Como dice Francesco Careri, arquitecto y profesor de la Universidad de Roma: “la ciudad es un espacio donde nos podemos mover alrededor o encontramos, construir relaciones y tener aventuras inesperadas. Pero entonces me pregunto: ¿En la ciudad del *smartphone*, donde todo el mundo camina con audífonos, respondiendo correos de trabajo o conversando en las redes sociales, hay todavía espacio en nuestros corazones para la interacción con el otro? ¿Necesitamos todavía lugares de encuentro? Por supuesto que sí, porque queremos que las nuevas generaciones pedaleen en bicicleta, se crucen en los caminos, se queden hasta tarde en la noche disfrutando a los amigos”.

Sí, hay cosas que no gustan, que no funcionan en el Monterrey de hoy. Somos una ciudad exigente con los demás, pero no con uno mismo. Encumbramos con la misma facilidad que satanizamos al político, al artista, al empresario, al trabajador. Hay algo maniaco depresivo en el regiomontano de hoy. Y sin embargo, después de revisar lo anterior, sigo pensando que aquí tenemos potencial, que esta ciudad puede —debe— tendría que ser— marcar el pulso de México.

Hace poco un célebre curador mexicano me comentó que en Monterrey estaban pasando cosas en la cultura, en las artes. De pronto tenemos universidades que están en el curso de una transformación radical. A pesar de todo hay una vitalidad en la sociedad, hay un orgullo y por primera vez, como se puede inferir de una publicación como esta, hay una voluntad de pensar y repensar, de dialogar sobre la ciudad. El regiomontano de hoy me parece más crítico, más insatisfecho. Si tan solo lográramos unirnos por el bien común. Si tan solo bajáramos algunos peldaños la tentación por el dinero. Entonces, estoy seguro, alcanzaríamos ese lugar que solo existe hoy en nuestra imaginación.

La vida diaria

Guillermo Berrones

*La más señora de todas las putas
la más puta de todas las señoras.*
Joaquín Sabina



Monterrey.- *Mañana.* El día lo empecé con esa abulia que se adueña de mis huesos cada fin de semana. Y el patio estaba lleno de mierda, había que limpiarlo. Nunca eduqué a Gala para que cague en un solo lugar, entonces pago las consecuencias. Y en la escuela me esperaba el grupo de poesía coral, esos adolescentes traviesos que pidieron celebrar el día de las madres recitando a coro un poema de Manuel Gutiérrez Nájera. En fin, allá fui. Los chavos se veían contentos con su rosa roja en las manos, el poema escrito en un legajo y pulcramente vestidos. No tardaron en aparecer las festejadas. Todo el glamour de Valle Soleado desfiló por los pasillos. Polvos, afeites y perfumes invadieron el ambiente. El escenario decorado con flores de fomy y una manta plástica que nadie leyó, pero que intentaba expresar un mensaje cursi a las madres. El programa artístico terminó con la presentación de un mariachi y la vena artística de algunas señoras que se sienten la reencarnación de Jenny Rivera o María Lourdes arrancaron estridentes notas a su pecho envilecido por el quehacer de todos los días, las mordidas de la necesidad insatisfecha y el maltrato de las adversidades. Cantaron, porque cantar libera; el canto es un anatema contra todo enemigo insoportable y ellas pusieron “las maletas en la puerta”, en un imaginario despecho que nunca cumplirán en la realidad contra el marido.

Tarde

Las tardes siempre me son amenas en esa escuela de educación bilingüe, donde los preparatorianos ya no son como aquellos que secuestraron camiones como una

consecuencia de su sensibilidad social y de una ideología ahora apergatada por los videojuegos. No tienen por qué serlo. Los jóvenes ahora son unos trotamundos del ciberespacio y tienen más información que no tienen que memorizar. Las habilidades son el capital educativo de las instituciones. El ejercicio del pensamiento es ya un anacronismo esclerótico que difama la condición humana.

Allá pasé la tarde entre portafolios, indicaciones para la elaboración del Producto Integrador de Actividades (el ya famoso PIA), elaboración y validación de reactivos y todas esas cosas de los viernes. Y en la última sesión del día, para bajar un poco la euforia que provoca la hora de salida y que es aterrador para los docentes, pedí a mis alumnos leer un texto de Ricardo Chávez Castañeda: *La zona de las mil puertas*. Discutir la historia del loco y su madre muerta desató una dialéctica que aligeró el fin de la jornada. Sonó el timbre de salida y todavía en el pasillo me daban conjeturas y sugerencias de películas parecidas a la historia que acababan de leer. Yo ya quería irme. Y salí prácticamente corriendo.

Noche

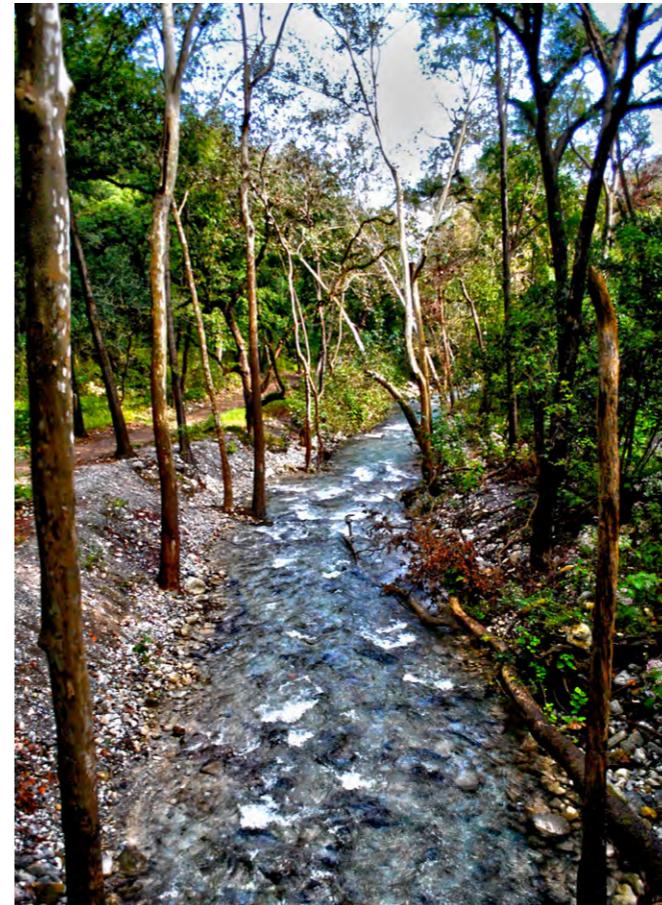
Lejano el día de aquella Feria del Hogar en el parque Niños Héroes donde no pude entrar al concierto de Sabina. Distantes las veladas en casa de Meynardo y Chelita, donde Sabina se dejaba escuchar en el estéreo de los anfitriones. Esta vez, boleto en mano, compré una camiseta y entre los coches estacionados y una patrulla de Fuerza Civil, me quité la camisa universitaria y me enfundé ridículamente en una camiseta con el rostro del provinciano español de Úbeda, al que esa

noche vería y escucharía en vivo.

A la entrada de la sección “L” estaban mis mujeres. María tenía sed. También mi garganta demandaba refrescarse. Mi hija y yo fuimos por unas *Victoria* y algo de botana. Nos acomodamos. El escenario carmesí anticipaba un apasionado espectáculo musical. Al quinto trago llegaron los acordes de “*Ahora que...*” para abrir el espectáculo y el corazón de los amantes de Sabina, de los adoradores de su música, de los patrióticos paladines de su poesía. Y un entusiasmo endémico nos invadió. Mike vibraba enfebrecido. Mi hermana y su hija Edna descubrieron al Sabina de más allá de “Y nos dieron las diez...” Marcos cantaba discreto bajo su bigote encanecido. José Jaime Ruiz aguzaba su mirada escrutadora de periodista a la sombra de su bombín negro. Sue, excepción de la edad promedio, tomaba fotos para el face. El Foko llevó a su hija, pero salió al pasillo porque a su edad ya no es muy tolerante con el estridente ritmo musical. Daniel de la Fuente, descamisado y reflexivo, halaba metáforas a la esencia de esa noche nuestra con Sabina. Todos estábamos allí, reinventándonos en cada nota, en cada pliegue musical, en el acierto de las palabras de un hombre que no canta, pero que tiene estilo y poetiza su experiencia de vida, que es el espejo nuestro en el que nos reconocemos los jóvenes y viejos que nos resistimos a sentar cabeza, a pesar de haber alcanzado la edad de recogerlos a los cuarenta y diez. ¿Y el concierto? El concierto fue un pretexto. Un pretexto para seguir viviendo quinientas noches, que pueden ser quinientos años, enamorados de la vida, enamorados de la música y la poesía de Sabina.

Ríos de nadie

Zaira Eliette Espinosa



Monterrey.- En cualquier parte del mundo suena igual la corriente de un río, es el mismo rumor de entraña, el cauce se divierte cosquilleando la tierra, acariciando las orillas o golpeándolas con fuerza de castigo. No importa qué tan angosto o ancho sea el tamaño del río, el agua tiene los mismos códigos de sonidos, es el mismo festival de movimiento, es igual la vida en líquidos susurros y basta que miremos de cerca las piedras de río, mojadas en la transparencia o secas al sol, para que un colmillo de su longitud se nos penetre en la memoria.

Hay ríos de ciudad, como los de Monterrey, que imponen no moldearse y sí formar a la ciudad. Ríos que en sus márgenes tienen grandes avenidas, fraccionamientos, fábricas o espacios deportivos. Pero su génesis es el mismo: la vertiente es guía que persiste para la flora, la fauna, la mirada de quienes necesitamos sabernos en ese regazo natural de humedad.

Al arribo de huracanes o tormentas, con los ríos se confabulan los cerros, entonces la ciudad se desarma ante el enfurecido binomio y no nos queda otra alternativa que ser frágiles espectadores, dejar que el flujo se lleve aquello que es suyo. Porque eso sí, el río sí sabe lo que es suyo. Engulle iracundo en su carrera la terquedad de algunos por quererlo avasallar.

Pero Monterrey no es cualquier parte del mundo, los ríos hablan otra lengua que suena igual, mas no es la misma que la de otros afluentes. Dicen algo como si fuera un mantra. Es un mantra de defensa que dice que los ríos son de nadie, que pertenecen a ellos mismos, como nos pertenece nuestro nombre o nuestro cuerpo.

El lenguaje de los ríos de la ciudad se logra percibir cuando se les ama. No se puede amar a Monterrey sin amar sus ríos. No se puede.

¿Por qué sí y por qué no?

Alfonso Teja



Monterrey.- Llega la invitación para participar en un número especial de *La Quincena* sobre “Por qué adoro y por qué detesto a Monterrey”, con un escrito máximo de dos cuartillas. ¡Órale! parece buena idea, pero al primer intento me doy con pared. Algo no funciona y me doy cuenta que yo no adoro a Monterrey y... ¡sopas!, igualmente descubro que tampoco la detesto.

Y no la adoro porque, en rigor, “adorar” es rendirle culto a alguien o algo y, aunque algunos por aquí materializan el ideal en un becerro de oro muy tangible, realmente no es mi caso. Podríamos mencionar que por derivación, la palabra también se usa para decir que se ama mucho, a algo o alguien. En tal situación, aclararé que todo el corazón que he entregado en estos regios solares ha sido a las personas, a muchas personas, pero no a la ciudad como tal. Amo más a la gente que a las cosas. Y es cierto que esas cosas y lugares arraigan e identifican mi nostalgia –eso sí–, pero nunca como el amor que implica siempre alguna manera de entrega o sacrificio.

Ahora que, viéndolo bien, descubro

una excepción obligatoria. ¡Claro que sí! Aquí hay algo capaz de impulsar esa entrega, ese amor, y es el lugar; no la ciudad construida, sino el sitio milenar que en su vastedad montañosa erige un horizonte singular que al haber crecido a su vera, sombra y perfil, tal presencia entrañable se nos hace necesaria, imprescindible en ocasiones. Pongamos entonces que adoro a las montañas.

Ahora enfoquemos el asunto en encontrar ese algo que detesto. Lo primero que salta a la punta de la mente es que también es la gente: los políticos; bueno, algunos (la mayoría) y un montón de simuladores que han echado a perder el espíritu de aquel viejo Monterrey, franco y sencillote.

Recuerdo tiempos infantiles arcaicos cuando en la escuela nos enseñaban que el trabajo, el esfuerzo y el ahorro, eran valores que en esta ciudad han sido (o fueron) parte de su perfil histórico. Así es, o así era: en Monterrey los valores eran altos. Pero luego todo cambió y como alguien dijo en la tele alternativa: “Ahora, los altos son los edificios”.

Y lo que detesto es todo esto. Este universo de simulación que, enterra-

do entre anuncios panorámicos, ya no permite ver el Obispado y ni siquiera la Loma Larga. Esta simulación que confunde los negocios con la conservación del patrimonio, que destroza toda planificación en modo predispuesto para la especulación y el consecuente desorden urbano. Edificios y rascacielos con imagen de siglo veintiuno, pero infraestructura que apenas supera el diecinueve.

Y así, entiendo mejor las razones por las que los investigadores en Ciencias Sociales, en esta era de globalización y migraciones, destacan tanto la importancia del espacio urbano como estímulo determinante en las relaciones y la identidad de la comunidad. Ese vínculo esencial para los seres humanos, que es condición de su propia existencia.

Aquí es mi casa. Acostumbrado a sentir que tanto el cielo arriba como el suelo bajo mis pies no me limitan en el amor por mi hogar, la tierra donde me yergo es parte de mi orgullo; pero nunca olvido que somos parte de un gran país y de un gran planeta. ¿Lograremos salvarlos a todos?

La amo, a pesar de los pesares

Jaime Arreola

Monterrey.- Aunque ya conocía Monterrey desde mi infancia, porque aquí vivían mis abuelos y muchos familiares maternos, a los cuales visitábamos de vacaciones, lo cierto es que llegué a radicar aquí a partir de los 16 años.

Recuerdo que cuando veníamos a esta gran ciudad, la pasábamos de maravilla, por todos los atractivos turísticos que había en ese entonces, y disfrutábamos de los 4 canales de televisión, ya que mis hermanas, mi hermano y yo éramos de Torreón, y allá no había mucho qué ver ni a dónde salir.

En aquel entonces Monterrey era la capital industrial de México, y la tercera ciudad más grande, y eso la llenaba de orgullo. Cuando tenía 7 años de edad, me fui con mi familia a vivir a Tapachula, Chiapas, por motivos laborales de mi padre, el cual murió en un accidente; y por ello tuvimos que regresar a Monterrey, a casa de los abuelos, los padres de mi madre.

Fue muy difícil integrarme al modo de vida de esta ciudad, porque tanto Torreón como Tapachula, tenían culturas muy diferentes. Al principio se complicaba hacer amigos, pero a medida que fui estudiando y trabajando, me fui adaptando al modo de ser regio, pero nunca perdí mi esencia.

Monterrey es una ciudad de claroscuros, de más oscuros que claros. La gente en general es clasista, racista, xenófoba, chovinista, arrogante, muy metalizada y con aires de superioridad, ya que le dan mucho valor al dinero y al estatus socio-económico.

Monterrey es una ciudad muy individualista, en donde los señores del dinero son vistos como dioses o semi-dioses. Aquí priva el capitalismo a ultranza, y son denostadas las posturas de izquierda (socialismo-comunismo). Aquí prevalece el entretenimiento de la música grupera, el pop, el rock ligero, la colombia, el teatro de comedia, el fútbol, la cerveza y la carne asada, “la regio *american way of life*”.

El arte y el conocimiento pasan a segundo plano, salvo en la ciencia y tecnología, disciplinas necesarias para crear negocios. Ciudad violenta, contaminada, difícil.

Por otro lado, la ciudad es hermosa, como sus alrededores. Sus montañas y sus parajes turísticos son reconocidos mundialmente, y ni se diga su gastronomía, sus escuelas, sus universidades y sus hospitales. A pesar de que la mayoría de la gente



es muy interesada, se pueden hacer grandes amistades. No obstante, no me arrepiento de haber llegado a esta ciudad de contrastes y de retos que me dio educación universitaria –soy abogado egresado de la UANL–, y además donde me desarrollé como músico, autor, compositor, escritor y activista social.

Aquí nacieron mis hijos, aquí me enamoré muchas veces. Amo a Monterrey, y le agradezco su larga hospitalidad y mi formación profesional y artística, a pesar de los pesares.

Monterrey

Al cine Elizondo lo derrumbaron
ni diosas orientales ni prodigiosos dragones volaron más
en el azul intenso de su cielo
Aunque siga perdido mi corazón en esa pagoda aniquilada
no volverán Marcello Mastroianni ni Sophia Loren a deslumbrarnos
ni José Alonso regresará al estreno de Los Cachorros
El Museo de Monterrey cerró
y con él se eclipsaron Remedios Varo, Cindy Sherman, Mapplethorpe, Beuys
La colección de arte de Lorenzo Zambrano,
por voluntad propia, se remató en Sotheby's
La avenida Colón oscureció bajo un cielo de cemento
La fachada de la Rangel Frías, de Legorreta, fue bloqueada por una estación del metro
El histórico edificio de la Álvaro Obregón también tapiado por los pilares de otra línea
de inacabable construcción
Basura y basura tapizando las calles cuyos nombres ya no se distinguen
Las esculturas del Río Santa Catarina abandonadas a su suerte
Bibliotecas que cierran sus espacios
Opus 102.1 acribillada por decisión gubernamental
Pero me sostiene ver inmutable y siempre distinto el Cerro de la Silla
los rayos del sol trasminando sus lomos
difuminado por la niebla una tarde lluviosa
seco y sediento en el verano
defendiendo con sus árboles el poco aire que nos queda

Me sostiene ver salir a Luis Lauro del Oxxo de Serafín Peña a las diez de la noche
con su bolsa de cervezas
y un caminar lento
preparando el cierre de la revista
mientras enfrente se levanta un semillero amenazante de viviendas
Me alienta caminar por las noches en el Parque Fundidora
escuchar el graznido de los patos
verlos acercarse sin miedo a los que pasan
Contemplar los rostros de mis alumnos descubriendo el arte de la palabra
en los disparatados diálogos del Quijote
Así derriben los muros que nos vieron crecer
la luna me mira de reojo por un hueco de nube en la noche cerrada

Minerva Margarita Villarreal

Otra Codópolis

Luis Frías Leal

Monterrey.- Un día machacado, la familia almorzaba y vi la redada que avanzaba en el bar clandestino al que venía y ahora promovía el Telediario. Claro, alguno de la familia se preguntó si yo estaba ahí, pero claro que no: yo ya estaba untando frijoles en una tortilla de harina.

Varias veces he visto desde el noticiero el desenvolvimiento de la fiesta en el lugar que nos encontrábamos, ese Monterrey hipnótico, en extinción, peligroso en proceso. Aprendes mucho en la calle y la noche, como cuando un tipo recién salido de la cárcel me comentó en un bar que llevaba tres días de borrachera, y no quería ir a casa por pena, ya que solo sabía vivir en la cárcel. Al siguiente día, en el noticiero salió que había matado a una chica trans, y ahí casi lo justificaban.

Cuando salgo de mi casa y voy al centro, tengo que tomar la avenida Eloy Cavazos; de frente se ve el Cerro de las Mitras. Siempre me dan ganas de dibujar manilargos sobre el cerro, en su cuerpo, su centro. Similar me sucede con el Cerro de la Silla: me encanta que puedes ir manejando y darle la vuelta entera, de Guadalupe a Santiago, a Cadereyta y de vuelta. ¿Qué harían los Lounge Lizards, Leonard Cohen, o Basquiat, de haber nacido aquí? Hace muchos años un primo que vive en Houston me dijo que Monterrey era tan rudo como Nueva York, que mejor me fuera de aquí. Supongo que muchos se han de haber sentido alagados con la comparación. La verdad, solo pensé en esa costra gris que lo cubre todo, especialmente alrededor de Félix U. Gómez y Ruiz Cortines.

A mí me gustan los cerros. En esta ciudad puedes casi pasar desapercibido si es lo que deseas. Manejar por Constitución los lunes por la noche, cuando no hay nadie y puedes ver la Independencia, el Museo de Arte Contemporáneo, El Gargantúa, La Constancia, Olarte Galería y taller, la Plaza de la Luz, el Centro de las Artes, el CEIIDA, la Adolfo Prieto, el Parque Fundidora, caminar

por el Teatro de la Ciudad, derivar por el centro, las autoconstrucciones, esos Frankensteins guadalupenses, la Huasteca, incontables amigo@s de diferentes generaciones.

No güey, yo te quiero un chingo, no me lo tomes a mal, güey. Te conozco desde antes que te salieran esas montañas en tu cuerpo sexy de niña de revista de sociales; quién no querría subirse a tu Cerro de la Silla. Neta, recuerdas que te presenté a Ricky Martin, Shakira y el Papa; recuerdas que todos nos montaban como *souvenirs* y lo que nos molestaba es que nadie quería ir de *brunch* mimosas a la mañana. Pero sabes qué, está bien bonito cuando manejas del aeropuerto hacia San Pedro, y antes de Gonzalitos se refleja una luz verde que parece mar sobre el asfalto de Constitución. Neta, es como una nueva frontera que deja a los migrantes sin patria. Antes de Hidalgo brilla el piso, gracias a un nuevo edificio de vidrio que construye alguno de tus tíos. Este rancho es amplio. Cuando vienen amigos de visita planeamos una excursión a las ruinas de la Ampliación del Metro, el edificio del Bicentenario y los festivales en el parque público privado. Una vez me dijeron que los baches eran como tener sexo, o a alguien estar chingando. Por eso creo que ahora soy hippie, izquierdista.

Pero no te asustes, no dejaré mi trabajo en Cemex. El que esos nacos digan que la ciudad de noche se ve bella desde el carro, no manches, imagínate, qué goce. Por cierto, ¿ya se murieron todos los sapos? Yo ahora te quito calcio, y contamina tu energía. ¿O qué, nunca has manejado al otro lado de los cerros? ¿No te confesaron lo que ganaron derrumbando media Sierra Madre? ¿Que te quitaron una chichi para que otro tuviera tres? Y si hay un residuo de tu cuerpo, nadie te lo va a crear. El cerro está hueco.

En su tiempo, mis abuelos del rancho hacían tres días de Cadereyta a la ciudad en carreta. Solo son 30 kilómetros. Antes para llegar allá tenías que salir de la ciudad, ahora todo está lleno de fracciona-



mientos con casas que miden dos metros, pero el metro nunca habrá de llegar allá. Recuerdo jugar en el zacate de la Macroplaza; había unos pequeños montículos de tierra, que eran excelentes para darse maromas a la altura donde ahora está el paso a desnivel del Museo de Historia y la Explanada de los Héroes.

¿Has ido a la Biblioteca Central? Ahí, como en Colegio Civil, hay unas pinturas excelentes de Gerardo Cantú. Al Piporro le cortaron un dedo de la mano por robarle el sombrero (algún recuerdo de narco aficionado). El Faro de Comercio, hace mucho que no veo su láser. Antes era como la batiseñal del centro, ya que nos guiaba a todos a las fiestas del barrio antiguo o al Reforma. La paloma de Soriano, en Marco, que apunta hacia todos los poderes tradicionales. He aprendido tanto en ese museo. Es como un libro que se reescribe cada vez que abres sus páginas, o entras.

Extraño el Museo Monterrey, pero visito sus libros en la biblioteca de la Escuela Adolfo Prieto. Eso sí, de vez en cuando hay que ir a tomarse una cerveza en el jardín de la cervecería. ¿A quién no lo ha flechado la Diana Cazadora, o el chicharrón de la Ramos? Qué mejor que una paleta Dumbo para acompañar una plática pesada. Hace unos años hice una deriva por la zona de Ciudad Universitaria, y entendí que yo también me había olvidado de la ciudad. Nos olvidamos todos y por eso ahora nos quejamos.

Pero hay destellos, los murales de la memoria del Barrio de la Luz, el bar Mi Último Refugio, el Salón Progreso, donde hasta ellos dicen que el progreso dejó de ir, pero aún se juntan a tocar la guitarra y tomar Carta Blanca.

¿Algún día repararán el Teatro de la Ciudad, terminarán el metro, se acabará la violencia, nos volveremos a sentir afuera en las mecedoras? La ciudad cambia, como nosotros, ya no es la misma Codópolis de mi abuelo, ni la de mi papá.

¿Seremos regios?

MUROS Y PUENTES

My kind of town

Raúl Caballero García



Dallas.- “¿Por qué adoro y por qué detesto a Monterrey?”, tal cual, es una pregunta que no aplica a mis nociones en torno a mi ciudad natal, pues no le rindo culto ni le tengo aversión. Sin embargo, por supuesto, puedo decir que la amo sin extremos, la critico sin pasiones, y sí, sí detesto los problemas de su población.

Pero para explicar(me) las ideas que mantengo sobre la ciudad, sobre mi ciudad, requiero apelar a emociones íntimas y anécdotas biográficas y acaso entonces me acerque a puntualizar los porqués.

Mi pertenencia a Monterrey no alberga en mí lugar a dudas: cuando muera, si vuelvo a nacer y puedo elegir, quisiera hacerlo de nuevo en ella. Para mí resulta entrañable desde los barrios de mi origen, las calles en las que me forjé, hasta la ciudad de la que salí a los 21 años, pero a la que sin embargo nunca le he dado la espalda: quiero decir que pese a las distancias siempre la he tenido cerca: quiero decir que pese a mi reconocimiento y cariño hacia las ciudades en las que he vivido, de la mía, de mi ciudad nunca me he alejado aunque no he vuelto a vivir en ella por seguir mi vida de nómada.

Es una ciudad incomparable con relación a las once urbes en las que, hasta la fecha, afuera de ella, he radicado (5 en México y 6 en Estados Unidos). Los barrios de mi origen son los del centro de la ciudad. Cuando nací vivíamos en Julián Villarreal 119, entre Ruperto Martínez y Aramberri. Los de mi hechura son los de la colonia Las Mitras; en todos palpé la madera que nos distingue a los amigos, a los amigos que se hacen en Monterrey. En la calidad de la amistad estriba buena parte de mi amor por Monterrey. En la calidad de la amistad radica la nobleza de la gente, ese capital familiar en nuestras vidas.

Pero en cada urbe por diversas razones se anidan problemas que crecen o se quedan sin solución –por deficiencias de funcionarios y autoridades o peor: por corrupción– y entonces aparecen los motivos de crítica y, sin duda, aspectos detestables.

Por ejemplo, en Monterrey se ha padecido la maldita violencia que al paso de los últimos años ha dejado un mar de sangre en las calles; la violencia que agazapada de pronto le salta encima al ciudadano; la violencia que deja un gran porcentaje de la sociedad en duelo, de luto, viudas, viudos, huérfanos. La

violencia como opción a la falta de alternativas entre tantos jóvenes que deciden ser sicarios, formar bandas para obedecer extorsionadores, para secuestrar, para ser parte de pandillas que del narcomenudeo pasan a formar parte del cártel. La violencia que siembra el miedo, el desaliento, la que trastoca la vida y la que empuja al éxodo.

Asimismo, se detesta el caótico crecimiento urbano, la falta de arterias viales, las mal construidas que se convierten en calamidades; la lentitud de las obras públicas, los latrocinios que se cometen en su nombre, los fraudes, las estafas contra bienes públicos; la construcción de edificios destruyendo el entorno comunitario, el perfil tradicional; la destrucción de fincas e inmuebles muchas veces de valor histórico, modelos de una estética del pasado, patrimonio cultural y social.

Otro inconveniente detestable es el sucio panorama que se crea con el exceso de estímulos visuales a lo largo y ancho de la ciudad: nombres de negocios, mensajes publicitarios, campañas políticas, anuncios, anuncios, anuncios que enturbian el medio ambiente. En fin, uno podría seguir apuntando otros aspectos criticables, como la televisión basura, o la demasía de vehículos... aspectos que sumados unos a otros producen perplejidad por la ciudad.

Mas guardo un recuerdo que me confirma la calidad de vida que en aquella cuadra de mi infancia se forjó. Cuando nos cambiamos, al despedirme de mis amigos del barrio repartí mis juguetes entre ellos. Tengo para mí que, si bien fue una muestra personal, esta se dio porque todos ellos son valiosos; no hallé mejor forma de sellar nuestra relación. Nos fuimos a vivir a Las Mitras, donde puedo decir que encontré mi punto de fuga: la perspectiva de mi sino, de manera fundamental, de nuevo, entre mis amigos.

Así pues, uno siente cierto desconcierto y al mismo tiempo, con mayor intensidad, una cierta fascinación por esta ciudad que, además ofrece la belleza –esa hazaña de su naturaleza– de las magníficas montañas que la arropan.

Por todo eso, parafraseando a Frank Sinatra: Monterrey is my kind of town / y alberga my kind of people too.

* Escritor y periodista regiomontano; para comentarios: caballero52@gmail.com

Regios de mi corazón

Samuel Schmidt



Austin.- Comenté entre mis alumnos que necesitaba regresar a México y no había lugar en el tren; uno de ellos, un cura posteriormente enviado a Roma para frenar su activismo político, me dijo: “yo conozco al cajero, es mi feligrés, vamos a verlo”. Llegamos a la estación del tren y después de los saludos, el cura le dijo:

– El compañero necesita viajar a México, a ver si le consigue un lugar.

– ¿En qué clase, padre?

El cajero cumplió con su párroco y me consiguió espacio, no cayó en cuenta que éramos compañeros de la universidad, con afinidad ideológico-política y no de fe religiosa, porque soy judío, aunque para él era natural que un cura llevara a otro cura para ayudarlo en la gestión. Yo pensé: ¿te imaginas, el padre Schmidt?

Tengo una larga relación con Monterrey, muchas memorias y anécdotas y por supuesto, muy presente que el cabrito es la marca gastronómica de la ciudad, aunque en alguna cantina hemos comido manjares.

Mis primeros viajes a Monterrey en los sesentas fueron en el marco del movimiento sionista-socialista (Ijud Habonim, Unión de Constructores) que tenía capítulos en DF, Monterrey y Guadalajara. En ese marco tuve mi primera educación ideológica; ahí nos educamos bajo la doctrina del socialismo como un movimiento justiciero, igualitario y libertario, mezclado con el componente de la redención del mundo judío. Berl Borojov era una de las referencias. Él estableció que había que cancelar la anomalía judeofóbica, que le había cerrado las puer-

tas socio-económicas a los judíos, ya que no tenían derecho a adquirir tierra, o a trabajar en oficios y profesiones. Había que revertir la pirámide que ponía en la cúspide a la clase obrera, convirtiéndola en la base de la misma, para de allí realizar una revolución proletaria, y eso solo se lograría teniendo un Estado. Una de las concreciones de los socialistas rusos del 1905 fue la creación del Kibutz (granja colectiva); y en uno de ellos pasé un año con nueve amigos de Monterrey. Allí consolidamos relaciones que duran ya más de cinco décadas.

Posteriormente viaje a Monterrey en mi calidad de politólogo, para dar clases en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Entré en contacto con estudiantes comprometidos con el aprendizaje libre y autogestionario; organizamos un encuentro nacional de talleres autogestionarios, del que resultó un libro, cosa poco común entre estudiantes. Entre mis alumnos había gente involucrada en el movimiento que tiró al gobernador Elizondo, al principio de los setentas; algunos relacionados con corrientes progresistas de la iglesia católica, que fueron perseguidos por la curia, y muchos de ellos activos y comprometidos en los esfuerzos por mejorar al país hasta la fecha. Con algunos de ellos mantengo una relación afectuosa y de colaboración intelectual. Desde entonces arrancó mi relación con Luis Lauro, y su invitación para expresar estos sentimientos.

Hasta relaciones emocionales tuve. Un hijo adoptivo (un alumno que me adoptó) se casó con una regia, a la que conoció en el encuentro de talleres autogestionarios. Y yo tuve alguna relación afectiva con una regia, a la que recuerdo

con mucho cariño.

Tengo una conexión más larga con Monterrey. Cuando estudiaba al Camino Real, encontré que el Nuevo Reino de León fue formado por Luis Carvajal y de la Cueva, quien le ofreció al rey crear el reino y enviar los diezmos, a cambio de no preguntar y permitir que viajara con 400 familias, la mayoría judíos conversos. Al rey no le pareció sospechoso que se estuviera poniendo a salvo de la inquisición a los judíos obligados a la conversión, a cambio de no aniquilarlos; al parecer, con el diezmo se satisfacía al soberano. La inquisición, sin embargo, siguió incansable su obra destructiva, y se movió hacia para eliminar a los judíos, a los que empujó hacia el norte, siguiendo el Camino Real; llegaron a El Paso, Santa Fe y hasta Galveston (el camino se bifurcó en El Paso del Norte, un ramal al norte y otro al este).

En esta última visita fui al Museo Metropolitano en la ciudad y me sorprendió, o tal vez no mucho, que se le quitara importancia a Carvajal y su asesinato por la inquisición, acusándolo de judaizante. Y es que posiblemente haya a quien le molesta saber que en los orígenes de la gran ciudad industrial del país existen antecedentes judíos. Por supuesto que muchos sostienen que los grandes apellidos de la ciudad son judíos, y tienen razón.

Monterrey es una ciudad para ser estudiada. Molina Enríquez, en los albores del siglo XX, la ponía como el ejemplo de la gran ciudad industrial (la denominó la zona del fuego); es una ciudad que sometió a su entorno agrícola para alimentar sus necesidades de crecimiento industrial, y lo mismo ha hecho con el agua. En la ciudad surgieron movimien-



tos guerrilleros importantes; de ahí salió el primer aeropirata mexicano y de ahí una de las víctimas de la brutalidad del Estado, un joven desaparecido que fue visto con vida por última vez en un campo militar; de Monterrey salió la práctica del sindicato blanco, que sometía a los trabajadores al patrón; era la gran estrategia contra la CTM que controlaba el gobierno; de ahí salió una gran institución educativa privada, que mostraba que no todo lo hace el gobierno; de ahí han salido grandes empresas de nivel mundial. Todo esto hace que haya quien considera a Monterrey como un factor de peso político fundamental y lo es.

Monterrey es ciudad de contrastes. El avance industrial subordina a su entorno y en ese concepto de progreso muestra grandes capacidades de innovación, pero también de injusticia. Hace poco, en una visita a Monterrey, Luis Lauro y la Flaka tuvieron la generosidad de mostrarme la colonia Tierra y Libertad, un movimiento político de gran envergadura, que siempre me ha intrigado, aunque hoy ya no sea lo que fue (tampoco nosotros somos lo que fuimos).

Es una ciudad de sorpresas. Tuve que ver a un oftalmólogo por haber sufrido un derrame de cornea y mi hermano me envió a ver al doctor Jesús Vidaurri, que según él es un genio (ambos coincidieron en la Universidad Hebrea de Jerusalén). Llegué al consultorio y escuché hebreo en todos lados, porque Jesús sigue enviando a sus alumnos a estudiar en Israel. Desde Monterrey montó una operación médica con avances de última generación tecnológica, que llega hasta la frontera, aunque no quede muy lejos. Me sospecho que el doctor debe tener que

ver con Santiago Viadurri, quien fue gobernador de Nuevo León y Coahuila, entre 1855 y 1864, y abogó por los derechos de los Estados.

Monterrey es una ciudad compleja, como muchas ciudades mexicanas mal diseñada y con islas de riqueza frente a zonas precarias. Una de sus ciudades conurbadas tiene el PIB *per cápita* más alto de México; hubo personas que llegaron a asentarse en el lecho del Río Santa Catarina, quienes sufrieron el embate del huracán Álex, que corrigió lo que la necesidad humana provoca: arrasó con el asentamiento. En la ciudad hay la inteligencia y el dinero, para convertir una fundidora en museo y zona de recreo, y crear una zona de museos en el centro de la ciudad. Aun con el calor es agradable caminar por la Macroplaza. Y hay una fuerza social que sostiene centros académicos, centros de diversión y actividad intelectual que puede pensar libremente la realidad. Por cierto, también es zona de poetas y escritoras.

Los regios (qué bonito apelativo) tienen fama de codos, cosa que a algunos les viene en gracia y a otros no. Hace poco publiqué un chiste sobre la historia del Cerro de la Silla y no se enojó ninguno de mis amigos: Luis Carvajal enterró unas monedas de oro hasta arriba de un cerro y los regios llevan escarbando desde entonces para encontrarlo.

La verdad es que los regios que conozco son generosos, desprendidos, amistosos y esa es la cara y la sensación que uno se lleva de la ciudad.

Pensando en La Sultana

Rosa Esther Beltrán Enríquez



Saltillo.- Cuando me invitaron a escribir algo sobre Monterrey para el próximo número de la revista *La Quincena*, de inmediato les respondí que no, porque yo vivo en Saltillo; ese fue el mensaje, y enseguida me puse a pensar: Monterrey... y evoqué la tremenda contaminación que se divisa desde kilómetros, antes de entrar a la ciudad y los congestionamientos de tránsito, y los peligros de morir ahogados ante una fuerte tormenta por las inundaciones de las partes bajas de algunas calles, los calores sofocantes del verano, la inseguridad ante la delincuencia organizada. No, no puedo escribir eso, me dije, sería ofender a los regiomontanos, aunque sea verdad.

Después de un rato le di retrospectiva a la memoria, y me acordé que sí, que hace varias décadas, siendo aún muy joven, llegué como muchos a esta ciudad a buscar trabajo, para poder estudiar. Ahí comencé la preparatoria; yo quería estudiar sociología y debía de ser por la tarde/noche, porque tenía que costearme mis estudios, y la UANL sólo contaba con esa carrera con sistema diurno; así que no era opción. Emigré en busca de lo que necesitaba, pero en Monterrey encontré un tesoro: grandes amigos y amigas que aún conservo.

Entonces Monterrey era otra, el aire limpio, menos contaminado, una ciudad hospitalaria y amable. Sus hermosas montañas me fascinan, el centro de la ciudad era grato, tranquilo y seguro, nada qué ver con la metrópoli de ahora. No cabe duda de que La Sultana del Norte, como tercera ciudad más grande de este país, es hermosa y una delicia visitarla como turista (aún me gusta).

En las elecciones federales de 2018, al escuchar al candidato a la presidencia de la república, Jaime Rodríguez Calderón (el Bronco, entonces gobernador con licencia) en el último debate entre los 4 contendientes, se lanzó sin recato contra los delincuentes, diciendo que les mocharía las manos y aplicaría azotes; los ciudadanos nos quedamos atónitos, al escuchar a un candidato que ignora el mandato constitucional, y aún sigue al frente del ejecutivo, con un gran prestigio y la demanda por parte del poder legislativo de esa entidad, de ser destituido por triangulación de recursos; alguien podrá argüir que no viene al caso citar estos hechos, lo hago porque son hechos actuales sobresalientes: la zona metropolitana de Monterrey abarca casi a la totalidad de la población del estado de Nuevo León, y un gobernador destituido sería un hecho insólito, y el primero en este país, en caso de ser depuesto.

Emigré a la capital de Coahuila: "No quiero irme al cielo, yo vivo en Saltillo". Esta frase localmente célebre, es del internacionalmente conocido cronista de esta ciudad, "Catón". En Saltillo encontré la carrera de sociología; pude cursarla, graduarme y laborar por casi 30 años como maestra universitaria, incursionando también en el periodismo regional.

Agradezco a los editores de *La Quincena*, por invitarme a participar en este número dedicado a La Sultana del Norte. Estoy segura que los colegas que integran también el equipo de *15diario.com*, nos ilustrarán abundantemente sobre el pasado, el presente y el futuro de esta progresista ciudad de Monterrey.

Sucedió en Monterrey

Mario Valencia Hernández

Saltillo.- Tengo motivos muchos para amar a Monterrey y pocos para odiarlo. Ahora que vivo a menos de cien kilómetros más hacia el sur, con la convocatoria de *La Quincena* se agolpan los recuerdos. Les contaré una historia autobiográfica en donde se superponen las dos razones, el amor y el odio, pero quiero advertir que el primer sentimiento supera con creces al segundo. Va.

Regresé de la ciudad de México en donde estudiaba en aquella época juvenil y me topé con la mirada triste y el rostro angustiado de mi madre, quien me recibía en la casa con un periódico en la mano, el vespertino, el de la nota roja y en primera plana la trágica noticia, un hombre se había convertido en Bozo, en pocas líneas decía que se había rociado de gasolina y después encendió un cerillo y se convirtió en antorcha humana. Al principio me pareció que aquel suceso no tenía nada que ver conmigo y mi madre se angustiaba por algún vecino o alguien conocido. Continué con la lectura, había sucedido en una bodega del barrio del Topo Chico y ahí reconocí el lugar; en la fotografía a un lado de la carpintería estaba la foto del hombre que se negaba a que lo auxiliaran y los vecinos apagaran el fuego. Se trataba de Roberto, mi primo, casi mi hermano, por nuestras vivencias en la niñez y en la adolescencia.

En cuestión de horas ya estaba en el Hospital Universitario, lo miraba a través de una ventana de cristal, estaba prohibido entrar al cuarto en donde yacía suspendido en el aire. Su cuerpo no debería ser tocado por nada, solo el clima especial. La enfermera encargada de vigilar su recuperación nos explicó a mí y a mi adolorida tía, que el fuego había llegado a todo su cuerpo, no solamente la piel, sino todos los órganos internos, sería un milagro que sobreviviera. "¡Milagro!, ¡milagro!", gritaba Roberto mientras la lluvia caía sobre nosotros.

Estábamos en un ejido de la Comarca Lagunera, en donde los dos habíamos nacido. Jovenzuelos aún, pero sabíamos que esa inesperada lluvia rompía una sequía de años que tenía en la tristeza a los campesinos de mi pueblo. Ellos temían que la cosecha de algodón sería un

desastre. Roberto me había convencido que frotando dos varas de huizache y bailando alrededor del único árbol que algo de sombra nos procuraba, llovería. "Así convocaban nuestros antepasados la lluvia", le informaba a mi cultura urbana, incrédulo a más no poder, pues ¡no había una sola nube en el cielo! El entusiasmo de Roberto me invadió y también brinqué con gusto y recibía las gotas gruesas en la cara.

No pude aguantar más y las lágrimas surgieron, ahí estaba él, carbonizado, no había una sola parte de su cuerpo con el color de la piel, colgado, sujeto con bandas de pies y manos. Pensaba en el dolor intenso que mi primo sufría en esos instantes. Abandoné la imagen y caminé a la sala de espera en donde mis otros primos lloraban en silencio. No podía soportar aquella escena. Recurrí a la memoria para escapar de ese presente.

Llegó con el rostro rasurado, no solamente la barba y bigote, toda la cara se había rasurado. "Soy otro", fue la explicación a una interrogante aún no formulada. "¡Pero qué hiciste, muchacho!", le increpaba mi madre azorada, ya que no encontraba las respuestas a aquella locura. "Soy otro", repetía Roberto con una sonrisa que para nosotros era una mueca inexplicable. "Tengo dentro mí un espíritu que obligó a convertirme en otro hombre, ahora soy mejor ser humano". Cuando se fue de la casa, esa mañana de domingo, mi madre empezó a llorar sin gritar, y escuchamos la razón de su amargura: "Tu primo se está volviendo loco.

"Morirá de asfixia", dijo alguien que no recuerdo, tal vez el médico. Ante nuestras miradas se adelantó a las preguntas: "respiramos más por la piel que por nuestro olfato, sus poros están quemados, no llega oxígeno a su corazón ni a su cerebro". Con rapidez me remonté a una de las ocurrencias y chispazos mentales de Roberto.

Ya jóvenes queríamos ganar dinero con la venta de ropa usada; ante la insistencia de mi madre y duro carácter, nos echó de la casa con cuatro bolsas de ropa. Llegamos a la Plaza del Topo Chico, área dominguera de reunión de familias, en donde por las mañanas había

comerciantes de todo tipo, y por la tarde sonaba la música y hasta se organizaban bailes vecinales. Confieso que siempre fui lento para aquello de vender o convencer a alguien que me comprara una camisa, vestido para dama, o un simple pantalón. De pronto, Roberto empezó a gritar a la concurrencia que se paraban ante él para escucharlo: "¡Llegó la ropa directamente de Hollywood, vengan a ver lo que se ponen los artistas más famosos!" "¡Señora, ¿quiere sorprender a su marido hoy en el baile de la tarde?!; ¡llévase este vestido que salió en una de las películas más famosas!" Algunas mujeres se detuvieron a escuchar, y después más, incluso hombres que más por curiosidad que interés a quien gritaba: "¡Mario, dale ese vestido a esa guapa señora, le quedará muy bien!", me ordenaba. "¡Mario, que te dé veinte pesos y trae esa blusa azul para esta bella dama, su marido se va a quedar con la boca abierta!" Quiero contarles que la venta fue todo un éxito.

Ya no éramos adolescentes, más bien hombres maduros, mi primo ya tenía dos hijos. Fui a su casa para saber algo de su vida. Tenía varias semanas que no aparecía por ahí, algo inusual en él. Lo encontré en el patio, gritándole a su hermano que siguiera cavando. "¿Que hacen?" "¡Aquí está el tesoro primo!, anoche mientras dormía alguien me dijo al oído que cavara en el patio y encontraría un tesoro". El agujero tenía ya más de un metro y mi primo menor, obedeciendo más por amor que por ambición. Por supuesto, después de dos horas Roberto se dio por vencido, y Alfredo, mi primo menor, agotado se desplomó sobre el montón de tierra. "Menos mal que no siguió con que destruyera la pared", dijo Alfredo cuando Roberto entró a la casa desmoralizado, a buscar el espíritu que le había prometido que encontraría un tesoro enterrado.

"¿Lo enterramos con música?; a él le hubiera gustado", le pregunté a mi tía. Recordé sus pasiones musicales, los Gorriónes del Topo Chico, Juan Montoya, Juan Salazar y otros que sabía eran vecinos, o por lo menos vivían ahí en la colonia en donde Roberto vivió por muchos años.

Sucedió en Monterrey.

Lo que me gusta y no de Monterrey

Víctor Reynoso

Puebla.- De Monterrey me gustan los textos de Guillermo Sheridan, Gabriel Zaid y Alfonso Reyes. Borges escribió sobre “los antepasados de mi sangre, y los antepasados de mis sueños”. Supongo que los segundos son los que uno lee, y de cuya lectura queda algo que nos va haciendo. Considero que estos tres regiomontanos son mis antepasados. Esa es mi deuda con Monterrey.

A Sheridan lo escuché antes de leerlo. Fue mi profesor en el primer año de preparatoria. Mi padre se asombra de que ahora se estudien maestrías y doctorados: “se pasan la mitad de la vida en la escuela”, dice. Es mi caso. De entre todos mis profesores en esos muchos años, al que recuerdo con más gusto es a Sheridan. Es con él mi deuda mayor. En su curso aprendí a amar a la literatura. Amor peligroso, como pocos.

El programa del curso era sobre los primeros textos literarios en castellano (el Cid, *La Celestina*, *El Quijote*, etcétera). El profesor no lo siguió. “Esos son textos para el doctorado de la literatura. Ustedes están en el kínder.” No siempre cumplió. Alguna clase se dedicó a interpretar algunos versos de Góngora, los que empiezan: “Era del año la estación florida”. No sé cómo pudo mantener la atención de una cincuentena de adoles-

centes.

Me gustó el ejercicio, pero no me interesó en leer a Góngora. Las lecturas de Quevedo y de Fray Luis de León, en ese mismo curso, sí me interesaron y me acompañan hasta ahora.

Pero la parte fuerte del curso tuvo que ver con “el kínder de la literatura”: Poe, desde luego; también Bradbury, Huxley, Lovecraft. Leímos también *Los Miserables* y *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo; y *La Cartuja*, de Parma de Stendhal. También a Juan José Arreola. Me parece imposible que en un solo año hayamos leído tanto. Pero fue cierto. ¿Qué había en ese profesor que nos motivó a tales lecturas?

Después he leído mucho de lo que Sheridan ha publicado. Me gusta su estilo fresco, claro, que nos hace ver cosas que no habíamos visto.

La claridad y capacidad de síntesis de sus textos tienen algún punto en común con los de Zaid. En ambos escritores hay algo de la frescura del niño aquel del cuento de Andersen, “El traje nuevo del emperador”: nos hacen ver claras las cosas que a veces no podemos o no queremos ver.

De Reyes poco he logrado rescatar de la loza que son sus obras completas. Pero me basta su texto sobre Manuel Ávila Camacho: “El hombre bueno de la República”, y algunos versos que citó de Góngora, como “infame turba de nocturnas aves...”.

¿Tiene Monterrey algo que ver con estos escritores, además de que nacieron en esa ciudad?

De mis estancias en Monterrey me gustan sus montañas, la Huasteca (a donde fui, con botella de tequila comprada por el anfitrión, con el entonces sacerdote Felipe Rodríguez), el Mandela, y los recorridos nocturnos con Luis Lauro Garza.

De Monterrey no me gustan su sol, ni su calor.

Doble celebración

Irgla Guzmán

Monterrey.- El 20 de septiembre es en Nuevo León una fecha para celebrar: conmemoramos el aniversario de la capital de nuestro estado. Monterrey cumple 423 años de haber sido fundada formalmente por 12 familias encabezadas por don Diego Montemayor, que llegaron a vivir al Nuevo Reino de León.

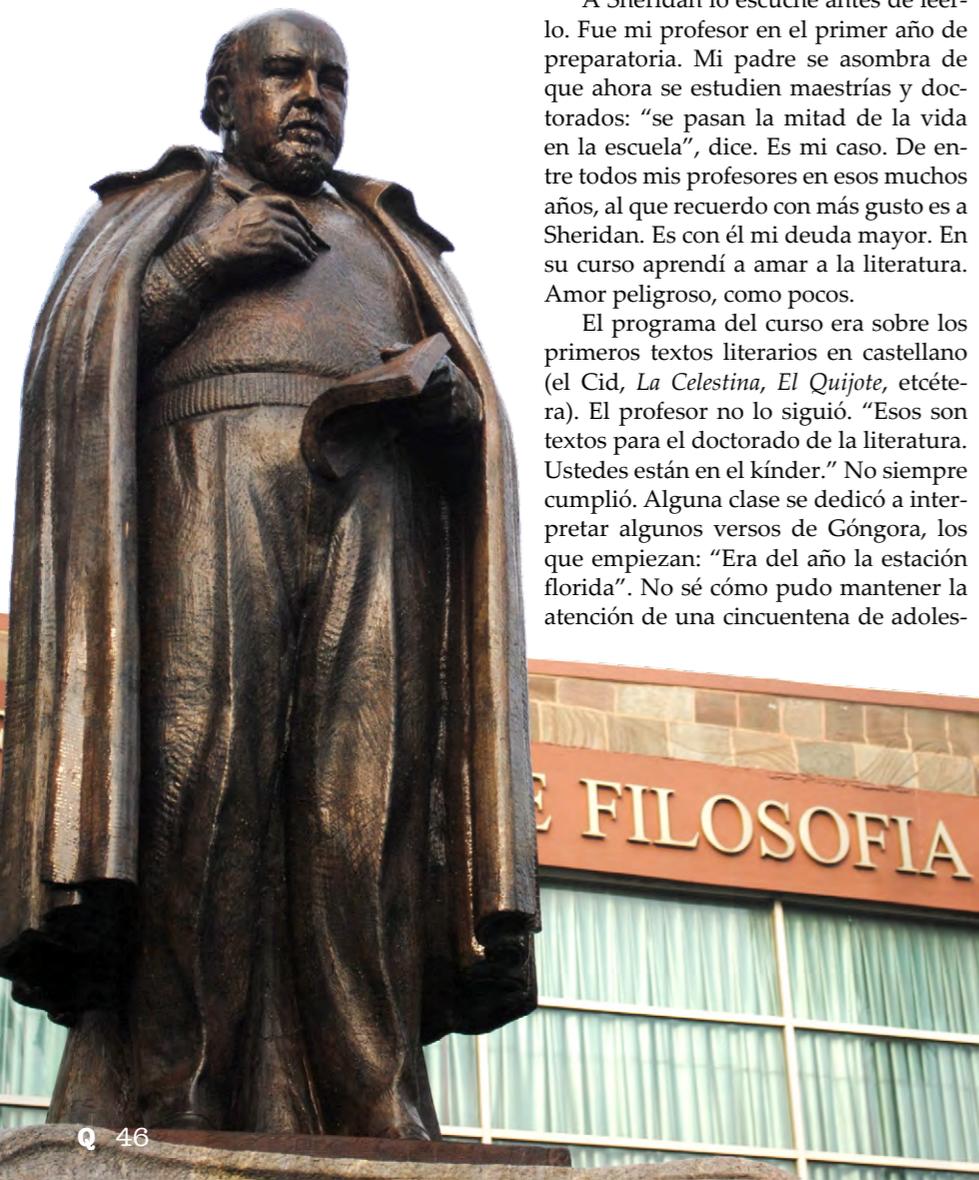
Mucho ha crecido desde entonces, hasta ser reconocido como Capital Industrial de México. Su desarrollo económico le permite contar con la tasa de desempleo más baja del país.

El amor al trabajo y el emprendedurismo de su gente, siempre franca y directa, son rasgos distintos que mucho me agradan, así como saber que cuenta con una oferta educativa de alto nivel, en cuanto a formación universitaria respecta. Sin embargo, con estos datos a favor, es difícil entender el contraste que representa la huella imborrable del paso de la violencia que ha acompañado desde su nacimiento a una generación de jóvenes, que han llegado ya a su mayoría de edad y a quienes no les tocó vivir la paz de otro tiempo.

Este Monterrey de contrastes, también conocido como Ciudad de las Montañas, ha adoptado como símbolo más emblemático al hermoso Cerro de la Silla, que dicho sea de paso, se encuentra ubicado en Guadalupe. El que sí se encuentra en el mero Monterrey es el Cerro del Obispado, antes conocido como la Loma de Chepe Vera.

El 20 de septiembre se celebra también el 63 aniversario de haberse constituido como primer museo de Historia de Nuevo León, en lo que fueron inicialmente la casa de descanso del Obispo José Rafael Verguer; quien en 1788 mandará construirla, dándole por nombre Palacio de Nuestra Señora de Guadalupe, un hermoso recinto estilo barroco, único en su género; sin imaginar que sería escenario de importantes luchas de armas en defensa de la región y el país.

El Museo Regional de Nuevo León, El Obispado, es una maravilla histórica, ícono emblemático de Monterrey. Doble razón para celebrar este evento de septiembre, mes de la patria. ¡Viva Monterrey! ¡Viva el Museo Regional del Obispado!



U

SOMOS ENTREGA,
LUCHA Y VOLUNTAD



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

#SOMOSUNI

TRABAJAR · TRANSFORMAR · TRASCENDER